This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

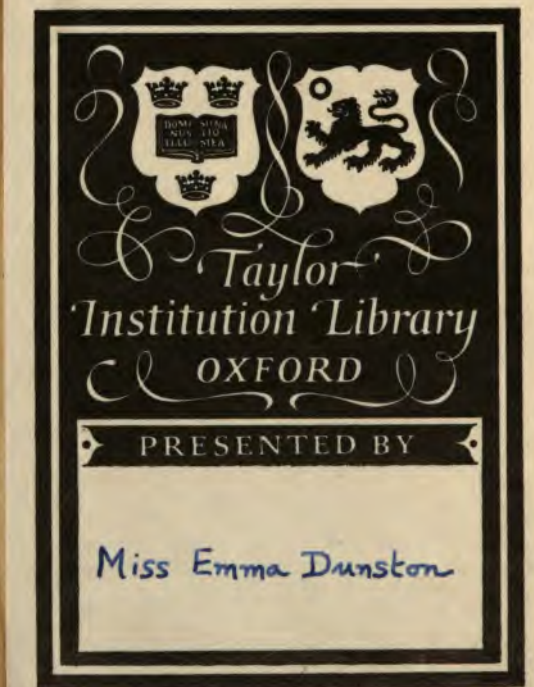
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

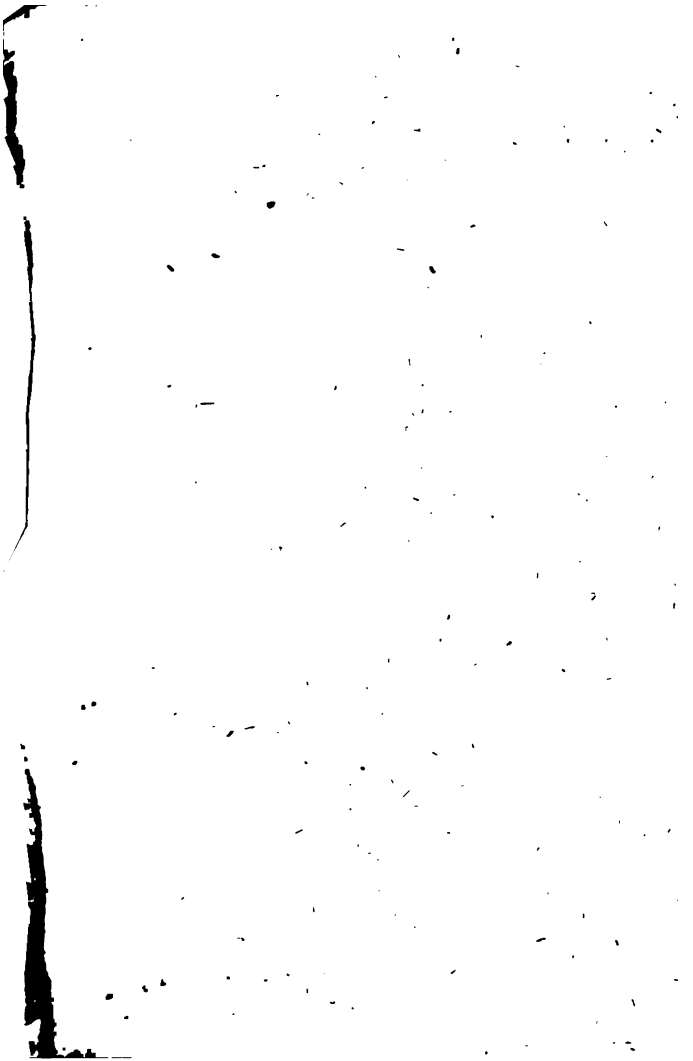
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Taylor Institution Library
OXFORD
PRESENTED BY
Miss Emma Dunston

A.168

4/ [illegible]



T.I.P.I.
....le desabrocho el pecho y miró si tenia
una señal á modo de lunar.

NOVELAS EXEMPLARES DE *MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.*

NUEVA IMPRESION CORREGIDA Y ADORNADA CON LAMINAS.

TOMO I.

EN MADRID.
POR LA VIUDA DE D. JOAQUIN IBARRA.
AÑO DE MDCCCIII.
Con las licencias necesarias.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
- 2 MAY 1984
OF OXFORD
LIBRARY

ÍNDICE

de las Novelas de este tomo.

Novela de la Gitanilla..... pág. 1.
El Amante liberal..... 139.
Rinconete y Cortadillo..... 246.

A D. PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE, Y DE VILLALBA, ETC.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traer á la memoria no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debaxo de su proteccion y amparo; porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo pues huyendo de estos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y Real casa de V. E., con sus infinitas virtudes así naturales como adquiridas, dexándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde gra-

*

harlas y esculpirlas, para que sean émulas á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á V. E. reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debaxo de las alas del hipógrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hércules, no dexarán los zoylos, los cínicos, los aretinos, y los bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Solo suplico que advierta V. E. que le envio, como quien no dice nada, trese cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales quales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á V. E. como á mi verdadero Señor y bienhechor mio. Guarde nuestro Señor, &c. De Madrid á 13. de Julio de 1613.

Criado de V. E.

Miguel de Cervántes Saavedra.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo) excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi D. Quixote, que quedase con gana de segundar con éste. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he grangeado ántes con mi condicion que con mi ingenio: el qual amigo bien pud'era, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Xaurigui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querrian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debaxo del retrato: este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres

ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fuéron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este digo, que es el rostro del autor de la Galatéa y de D. Quixote de la Mancha, y del que hizo el Viage del Parnaso á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la

tiene por hermosa por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que viéron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debaxo de las muy vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V. de felice memoria: y quando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dixera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Y así te digo (otra vez lector amable) que de estas Novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pe-

pitoria, porque no tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere. Heles dado nombre de exemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algun exemplo provechoso: y si no fuera por no alargar este sugeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podria sacar así de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin daño de barras: digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los exercicios honestos y agradables ántes aprovechan que dañan. Sí, que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios por ca-

lificados que sean: horas hay de recreacion donde el afligido espíritu descanse: para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte, que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas Novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinacion, y mas que me doy á entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extrangeras, y estas son mias propias, no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos

de la estampa. Tras ellas, si la vida no me dexa, te ofrezco los Trabajos de Pérsiles, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de Don Quixote, y donayres de Sancho Panza: y luego las Semanas del Jardin. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; ¿pero quién pondrá rienda á los deseos? Solo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas Novelas al gran Conde de Lemos, algun misterio tienen escondido que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí mas de quatro sotiles y almidonados. Vale.

NOVELA
de la Gitanilla.

Los Gitanos y Gitanas parece que solamente naciéron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruego; y la gana de hurtar, y el hurtar, son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Una pues de esta nacion, Gitana vieja (que podia ser jubilada en la ciencia de Caco), crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bayladora que se hallaba en todo el gitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los Gitanos, sino entre quantas hermo-

sas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los ayres, ni todas las inclemencias del cielo (á quien mas que otras gentes están sujetos los Gitanos) pudiéron deslustrar su rostro, ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la crianza tosca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de Gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; ántes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna Gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas; y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donayre, porque su taymada abuela echó de ver que tales juguetes

y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así se los procuró y buscó por todas vias que pudo, y no faltó poeta que se los diese: que tambien hay poetas que se acomodan con Gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen muchos milagros, y tambien van á la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los Gitanos en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra, y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un dia de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho Gitanas, quatro ancianas y quatro

muchachas, y un Gitano, gran baylarin, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien adereçadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fué enamorando los ojos de quantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas, y fuga del bayle salió un rumor que encarecia la belleza y donayre de la Gitanilla, y corrian los muchachos á verla, y los hombres á mirarla: pero quando la oyéron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta desde luego le señaláron el premio y joya de la mejor danza; y quando llegáron á hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imágen de la gloriosa Santa Ana, despues de haber baylado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las quales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Árbol preciosísimo,
que tardó en dar fruto

años que pudiéron
cubrirle de luto,
Y hacer los deseos
del consorte puros,
contra su esperanza
no muy bien seguros:
De cuyo tardarse
nació aquel disgusto,
que lanzó del templo
al varon mas justo:
Santa tierra estéril,
que al cabo produxo
toda la abundancia
que sustenta el mundo:
Casa de moneda,
do se forjó el cuño
que dió á Dios la forma
que como hombre tuvo:
Madre de una hija,
en quien quiso y pudo
mostrar Dios grandezas
sobre humano curso:
Por vos y por ella
sois, Ana, el refugio,
do van por remedio
nuestros infortunios.

En cierta manera
teneis (no lo dudo)
sobre el nieto imperio
piadoso y justo.
A ser comunera
del alcázar sumo
fueran mil parientes
con vos de consuno.
¡Que hija! ¡qué nieto!
y ¡que yerno! Al punto
á ser causa justa
cantárades triunfos.
Pero vos humilde
fuísteis al estudio,
donde vuestra hija
hizo humildes cursos.
Y agora á su lado
á Dios el mas junto
gozais de la alteza
que apénas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á quantos la escuchaban. Unos decian: Dios te bendiga la muchacha: otros, lástima es que esta mozuela sea Gitana: en verdad, en verdad, que me-

decia ser hija de un gran señor. Otros habia mas groseros, que decian: Dexen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va anudando en ella gentil red barredera para pescar corazones. Otro mas humano, mas basto y mas modorro, viéndola andar tan ligera en el bayle, la dixo: A ello, hija, á ello, andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dexar el bayle: Y pisarélo yo á tan menudito. Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta, y de bayladora, que á corrillos se hablaba de ella en toda la corte. De allí á quince dias volvió á Madrid, como tenia de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas, y con un bayle nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamas; y muchos miráron en ello, y la tuviéron

en mucho. Nunca se apartaba de ella la Gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despavilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusiéronse á baylar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venian siguiendo se hizo luego un gran cerro, y en tanto que baylaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos y quartos, como piedras á tablado; que ambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el bayle, dixo Preciosa: Si me dan quatro quartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de quando la reyna nuestra señora Doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Lorente: dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitan del batallon. Apénas hubo dicho esto, quando casi todos los que en la rueda estaban dixéron á voces: Cántale, Preciosa, y ves aquí mis quatro quartos; y así granizáron sobre ella quartos, que

la vieja no podia cogerlos. Hecho pues su agosto, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono corriente cantó este romance:

Salió á misa de parida
la mayor reyna de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de quantos miran y admiran
su devocion y su pompa.
Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
á un lado lleva el sol de Austria,
al otro la tierna aurora.
A sus espaldas la sigue
un lucero, que á deshora
salió la noche del dia,
que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas,
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoza,

y aunque tardo, va ligero
que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias,
que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa,
demas de un gallardo jóven
que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del Sol
va Júpiter; que no hay cosa
difícil á la privanza
fundado en prudentes obras.
Va la Luna en las mexillas
de una y otra humana diosa,
Vénus casta en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
de esta esfera milagrosa.
Y para que todo admire,
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.

Milan con sus ricas telas
allí va en vista curiosa;
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.
La alegría universal,
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Qual dice: Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra;
Para gloria de tí misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma.
Otra lengua clama y dice;
Vivas, ó blanca paloma,

que nos has dado por crias
águilas de dos coronas,
Para ahuyentar de los ayres
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
á las virtudes medrosas.
Otra mas discreta y grave,
mas aguda y mas curiosa,
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡que de máquinas que rompe!
¡que de designios que corta!
¡Que de esperanzas que infunde!
¡que de deseos malogra!
¡que de temores aumenta!
¡que de preñados aborta!
En esto se llegó al templo
del Fenix santo, que en Roma
fué abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
A la imágen de la vida,
á la del cielo Señora,
á la que por ser humilde
las estrellas pisa agora:

A la Madre y Vírgen junto,
á la hija y á la esposa
de Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa,
que á do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Vírgen hermosa;
tales quales son las mias,
recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo,
que humano atlante se encorva
al peso de tantos reynos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazon del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
quanto pidieres piadosa.
Acabada esta oracion,
otra semejante entonan
niños y voces, que muestran
que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios
con reales ceremonias,

volvió á su punto este cielo
y esfera maravillosa.

Apénas acabó Preciosa su romance, quando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una vóz sola, que dixo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán quartos como tierra. Mas de ducientas personas estaban mirando el bayle, y escuchando el canto de las Gitanas, y en la mayor fuga de él acertó á pasar por allí uno de los Tenientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era? y fuéle respondido, que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el Teniente (que debia ser curioso) y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta el fin; pero habiéndole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un criado suyo dixese á la Gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las Gitanillas, porque queria que las oyese Doña Clara su muger. Hízolo así el criado, y la vieja le dixo

que sí iria. Acabáron el bayle y el canto, y mudáron lugar; y en esto llegó un page muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dixo: Preciosa, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te iré dando otros de quando en quando con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me dexe de dar los romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertemos por docenas, y docena cantada, docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la señora Preciosa, dixo el page, estaré contento, y mas, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mia quede el escogerlos, respondió Preciosa: y con esto se fuéron la calle adelante, y desde una reja llamáron unos caballeros á las Gitanas. Asomóse Preciosa á la reja, que era baxa, y vió

en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros, que unos paseándose, y otros jugando á diversos juegos, se entretenian. ¿Quiérenme dar barato, ceñores? (dixo Preciosa, que como gitana hablaba ceceosa, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.) A la voz de Preciosa y á su rostro dexáron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudiéron á la reja por verla, que ya tenian noticia de ella, y dixéron: Entren, entren las Gitanillas, que aquí les darémos barato. Caro sería ello, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No á fe de caballeros (respondió uno) bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato, no por el hábito que traygo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa (dixo una de las tres Gitanillas que iban con ella), entra en hora buena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Cristina (respondió Preciosa), de lo que te has de guardar es de

un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque ántes el ser muchos quita el miedo y rezelo de ser ofendida: advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa, que la muger que se determina á ser honrada, entre un exército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas. Entremos, Preciosa (dixo Cristina), que tú sabes mas que un sabio. Animólas la Gitana vieja, y entráron; y apénas hubo entrado Preciosa, quando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno; y llegándose á ella, se le tomó, y dixo Preciosa: No me lo tome, señor, que es un romance que me acaban de dar agora, que aún no le he leido. ¿Y sabes tú leer, hija? dixo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta hela criado yo como si fuera hija de un letrado. Abrió el caballero el papel, y vió que venia dentro de él un escudo de oro, y dixo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este

escudo que en el romance viene. Basta, dixo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es mas milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el romancero general, y enviémelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso; y si vinieren duros, seré yo blanda en recibirlos. Admirados quedáron los que oían á la Gitanica, así de su discrecion como del donayre con que hablaba. Lea, señor, dixo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto ese poeta como es liberal. Leyó el caballero así:

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes,
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa.
De esta verdad me asegura
esto, como en él verás,
que no se aparta jamás
la esquivez y la hermosura:
Sí como en valor subido

vas creciendo en arrogancia,
no le arriendo la ganancia
á la edad en que has nacido.
Que un basilisco se cria
en ti, que mata mirando,
y un imperio, que aunque blando,
nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares
¿como nació tal belleza?
ó ¿como crió tal pieza
el humilde Manzanáres?
Por esto será famoso
al par del Tajo dorado,
y por preciosa preciado
mas que el Gánges caudaloso.
Dices la buenaventura,
y dasla mala contino;
que no van por un camino
tu intencion y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
de mirarte ó contemplarte,
tu intencion va á disculparte,
y tu hermosura á dar muerte.
Dicen que son hechiceras
todas las de tu nacion;
pero tus hechizos son

de mas fuerzas y mas veras:
Pues por llevar los despojos
de todos quantos te ven,
haces (¡ó maña!) que estén
los hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,
pues baylando nos admiras;
y nos matas, si nos miras;
y nos encántas, si cantas.
De cien mil modos hechizas;
hables, calles, cantes, mires,
ó te acerques ó retires,
el fuego de amor atizas.
Sobre el mas exênto pecho
tienes mando y señorío;
de lo que es testigo el mio,
de tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe:
el que por ti muere y vive,
pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el último verso (dixo á esta sazon Preciosa), mala señal; nunca los enamorados han de decir que están pobres, porque á los principios,

á mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor. ¿Quién te enseña eso, rapaza? (dixo uno) ¿Quien me lo ha de enseñar? (respondió Preciosa) ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? y no soy manca ni renga, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las Gitanas van por otro norte que los de las demas gentes, siempre se adelantan á sus años: no hay Gitano necio, ni Gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dexan que crie moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras que están callando, y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán. No hay muchacha de doce, que no sepa lo de veinte y cinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año. Con esto que la Gitanilla decia, tenia suspensos á los oyentes, y los que

jugaban la diéron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y mas rica y mas alegre que una pascua de flores recogió sus corderas, y fuése en casa del señor Teniente, quedando que otro dia volveria con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores. Ya tenia aviso la señora Doña Clara, muger del señor Teniente, como habian de ir á su casa las Gitanillas, y estábalas esperando, como el agua de mayo, ella, y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntáron para ver á Preciosa; y apénas hubiéron entrado las Gitanas, quando entre las demas resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores, y así corriéron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban; éstas la bendecian, aquellas la alababan. Doña Clara decia: Estos sí que se pueden decir cabellos de oro; estos sí que son ojos de esmeraldas. La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus miembros y coyuntu-

me; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dixo: Y ¡que hoyo! en este hoyo han de tropezar quantos ojos le miraren. Oyó esto un escudero de brazo de la señora Doña Clara que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dixo: ¿Ese llama Vm. hoyo, señora mia? pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ú de alcorza no podia ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña? De tres ó quatro maneras, respondió Preciosa. ¿Y eso mas? dixo Doña Clara: por vida del Teniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo mas que se puede decir. Dénle, dénle la palma de la mano á la niña, y con que haga la cruz, dixo la vieja, y verán qué de cosas les dice, que sabe mas que un dotor de melecina. Echó mano á la faltriquera la señora Tenienta, y halló que no tenia blanca: pidió un

quarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco; lo qual visto por Preciosa, dixo: Todas las cruces, en quanto cruces, son buenas; pero las de plata ú de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, á lo ménos la mia: y así tengo aficion á hacer la cruz primero con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó por lo ménos de á quatro, que soy como los sacristanes, que quando hay buena ofrenda se regocijan. Donayre tienes, niña, por tu vida, dixo la señora vecina; y volviéndose al escudero, le dixo: Vos, señor Contreras, ¿tendréis á mano algun real de á quatro? dádmele, que en viniendo el doctor mi marido, os le volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas. No tenemos entre todas un quarto, dixo Doña Clara, ¿y pedís veinte y dos ma-

ravedís? Andad, Contreras, que siempre fuísteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dixo á Preciosa: Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata? Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, replicó la doncella; si éste basta, hélo aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura. ¡Por un dedal tantas buenasventuras! dixo la Gitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal y la mano de la señora Tenienta, y dixo:

Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,
mas te quiere tu marido
que al Rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero á veces eres brava:
como leona de Orán,
ó como tígre de Hircania.
Pero en un tras, en un tris

el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
ó como cordera mansa.
Riñes mucho, y comes poco;
algo zelosita andas,
que es jugueton el Teniente,
y quiere arrimar la vara.
Quando doncella te quiso
uno de una buena cara,
que mal haya los terceros
que los gustos desbaratan.
Si á dicha tú fueras monja,
hoy tu convento mandaras,
porque tienes de abadesa
mas de quatrocientas rayas.
No te lo quiero decir,
pero poco importa, vayas;
enviudarás otra vez,
y otras dos serás casada.
No llores, señora mia,
que no siempre las Gitanas
decimos el evangelio;
no llores, señora, acaba.
Como te mueras primero
que el señor Teniente, basta,
para remediar el daño

de la viudez que amenaza.
Has de heredar y muy presto
hacienda en mucha abundancia,
tendrás un hijo canónigo,
la iglesia no se señala.
De Toledo no es posible:
una hija rubia y blanca
tendrás, que si es religiosa,
tambien vendrá á ser prelada.
Si tu esposo no se muere
dentro de quatro semanas
verásle corregidor
de Burgos ó Salamanca.
Un lunar tienes, ¡que lindo!
¡ay Jesus, que luna clara!
¡que sol, que allá en los antípodas
escuros valles aclara!
Mas de dos ciegos por verle
dieran mas de quatro blancas:
agora sí es la física:
¡ay, que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caidas,
principalmente de espaldas,
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.
Cosas hay mas que decirte,

si para el viérnes me aguardas
las oirás, que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer tambien saber la suya; y así se lo rogáron todas; pero ella las remitió para el viérnes venidero, prometiéndola que tendrian reales de plata para hacer las cruces. En esto vino el señor Teniente, á quien contáron maravillas de la Gitanilla: él las hizo baylar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habian dado: y poniendo la mano en la faltriquera, hizo señal de querer darla algo; y habiéndola espulgado, sacudido y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dixo: Por Dios que no tengo blanca: dadle vos, Doña Clara, un real á Preciosita, que yo os le daré despues. Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un quarto para ha-

cer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real? Pues, dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosita, que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalarémos mejor. A lo qual dixo Doña Clara: Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa. Antes, si no me dan nada, dixo Preciosa, nunca mas volveré acá; mas sí volveré á servir á tan principales señores: pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga de esperarlo. Coheche vuesa merced, señor Teniente, coheche, y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor, por ahí he oido decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dinero para pagar las condenaciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el Teniente; pero el Juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que

le den otro. Habla Vm. muy á lo santo, señor Teniente, respondió Preciosa: ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias. Mucho sabes, Preciosa, dixo el Teniente: calla que yo daré traza que sus Magestades te vean, porque eres pieza de reyes. Querránme para truhana (respondió Preciosa) y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido: si me quisieren para discreta, aún llevarmeían; pero en algunos palacios mas medran los truanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser Gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere. Ea, niña (dixo la Gitana vieja) no hables mas, que ya has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado: no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caida. El diablo tienen estas Gitanas en el cuerpo, dixo á esta sazon el Teniente. Despidiéronse las Gitanas, y al irse dixo la doncella del dedal: Preciosa, dáme la buenaven-

tura; ó vuélveme mi dedal, que no me queda con que hacer labor. Señora doncella (respondió Preciosa), haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal; ó no haga vaynillas hasta el viérnes, que yo volveré, y le diré mas venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías. Fuéronse y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Ave Marías suelen salir de Madrid para volverse á sus aldeas; y entre otras volvian muchas, con quien siempre se acompañaban las Gitanas, y volvian seguras, porque la Gitana vieja vivia en continuo temor no le salteasen á su Preciosa. Sucedió pues que la mañana de un dia que volvian á Madrid á coger la garrama con las demas Gitanillas en un valle pequeño, que está obra de quinientos pasos ántes que se llegue á la villa, viéron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino: la espada y daga que traía eran, como decir se suele, una ascua de oro: sombrero con rico cintillo, y con plumas

de diversas colores adornado. Repará-ron las Gitanas en viéndole, y pusié-ronsele á mirar muy de espacio, admi-radas de que á tales horas un tan her-moso mancebo estuviese en tal lugar á pie, y solo. El se llegó á ellas, y ha-blando con la Gitana mayor, le dixo: Por vuestra vida, amiga, que me ha-gais placer que vos y Preciosa me oy-gais aquí aparte dos palabras, que se-rán de vuestro provecho. Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mu-cho, sea en buen hora, respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se des-viáron de las otras obra de veinte pa-sos, y así en pie como estaban el man-cebo les dixo: Yo vengo de manera rendido á la discrecion y belleza de Pre-ciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado mas rendi-do y mas imposibilitado de excusarlo. Yo, señoras mias, (que siempre os ho de dar este nombre, si el cielo mi pre-tension favorece), soy caballero, como lo puede mostrar este hábito (y apar-

tando el ferreruelo, descubrió en el pecho uno de los mas calificados que hay en España) o soy hijo de fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre), y estoy debaxo de su tutela y amparo: soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aquí en la Corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola á mi igual, y mi señora. Yo no la pretendo para burlarla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna: solo quiero servirla del modo que ella mas gustare, su voluntad es la mia: para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere; y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á

la duracion de los tiempos. Si creeis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; pero si no me creeis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es éste (y díxole), el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene, de los quales podreis informaros, y aun de los que no son vecinos tambien, que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traygo aquí en oro para daros en arras, y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma. En tanto que el caballero esto decia, la estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debiéron de parecer mal ni sus razones, ni su talle; y volviéndose á la vieja, le dixo: perdóneme abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta (dixo la vieja), que yo sé que tienes discrecion

para todo. Y Preciosa dixo: yo, señor caballero, aunque soy Gitana pobre, y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva. A mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quince años, que segun la cuenta de mi abuela para este S. Miguel los haré, soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo mas de aquello que mi edad promete, mas por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recien enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la qual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesion de la cosa deseada, y quien abriéndose entónces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aber-

rezca lo que ántes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo mas que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni de dádivas, porque en fin será vendida; y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas, ni embelecos; ántes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen. Flor es la de la virginidad, que á ser posible aun con la imaginacion no había de dexar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con que brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente entre las manos rásticas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda veis, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que

entónces no sería perderla, sino emplearla en ferias, que felices ganancias prometen. Si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís: luego, hallada esta verdad, habeis de dexar la casa de vuestros padres, y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el trage de gitano, habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el qual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del qual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entónces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habeis de considerar, que en el tiempo de este noviciado podria ser que cobrásedes la vista, que agora debeis de tener perdida, ó por lo ménos turbada, y viésedes que os conviene huir de lo que agora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se

perdona qualquier culpa. Si con estas condiciones quereis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está; pues faltando alguna de ellas, no habeis de tocar un dedo de la mia. Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debia. Viendo lo qual Preciosa, tornó á decirle: no es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volveos, señor, á la villa, y considerad despacio lo que viéredes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podreis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid. A lo qual respondió el gentilhombre: quando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por ti quanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo que me pides: pero pues es tu gusto que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por Gi-

tuno desde luego, y quita de mí todas las experiencias que mas quisieres, que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo: mira cuando quieres que mude el trage, que yo querria que fuese luego, que con ocasion de ir á Flándes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias, y será hasta ocho los que pidiré tardar en acomodar mi partida: á los que fueren conmigo yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinacion. Lo que te pido es (dí es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo), que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas mas á Madrid, porque no quepria que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me saltease la buena ventura que tanto me cuesta. Eso no, señor galan, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los zelos: y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde

bien léjos que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero estaros, es en el de la confianza que habeis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo zelos, ó son simples, ó desconfiados. Satanás tienes en tu pecho, muchacha (dixo á esta sazon la Gitana vieja), mira què dices cosas que nos las dirá un colegial de Salamanca. Tú sabes de amor, tú sabes de zelos, tú de confianzas: ¿cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latin sin saberlo. Calle abuela (respondió Preciosa), y sepa que todas las cosas que me oye son nonada, y son de burlas, para las muchas que de mas veras me quedan en el pecho. Todo quanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado caballero. Finalmente quedaron en que de allí á ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde él vendria á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y

ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dixo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la Gitana dixo: calla niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en qualquiera ocasion que sea, siempre fué indicio de generoso pecho. Y acuérdate de aquel refran que dice: al cielo rogando, y con el mazo dando; y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las Gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que desdeche, Preciosa? ¿y de oro en oro, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un jaro sobre las yerbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cuyo no por alguna delgada en manos de la

justicia, ¿habrá fasbir tan bueno que llegue á la oreja del juez y del escribano como el de estos escudos, si llega á sus bolsas? Tres muertes, por tres delitos diferentes, me he visto casi puesta en el asno para zarazotada; y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho que había trocado por quartos, dando veinte reales mas por el cambio. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso, y lleno de tropiezos, y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que mas presto nos amparen y socorran, como las almas del grado Felipos: no hay pasar adelante de lo plus ultra. Por un dobloq de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador, y de todos los ministros de la muerte, que son rapias de nosotras las pobres Gitanas, y mas precian pelarnos y desollarnos á nosotras que á un salteador de caminos: jamas, por mas ricas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos ricas las jubones de las gavachas de

Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya, abuela, que no diga mas, que lleva término de alargar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plegue á Dios que los entierre en sepultura donde jamas tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que la vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deben de estar enfadadas. Así verán ellas (replicó la vieja) moneda de éstas como ven al gran Turco agora. Este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata ó quartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas. Sí traygo (dixo el gallardo), y sacó de la faltriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres Gitanillas, con que quedáron mas alegres y mas satisfechas, que suele quedar un autor de comedias quando en competencia de otro le suelen rotular por las esquinas victor y victor. En resolucion

concertáron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho dias, y que se habia de llamar, quando fuese Gitano, Andres Caballero; porque tambien habia Gitanos entre ellos de este apellido. No tuvo atrevimiento Andres (que así le llamarémos de aquí adelante) de abrazar á Preciosa; ántes enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dexó, y se entró en Madrid, y ellas contentísimas hiciéron lo mismo. Preciosa algo aficionada (mas con benevolencia que con amor) de la gallarda y gentil disposicion de Andres, ya deseaba informarse si era el que habia dicho. Entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el page poeta de las coplas y el escudo; y quando él la vió, se llegó á ella, diciendo: vengas en buen hora, Preciosa, ¿leiste por ventura las coplas que te dí el otro dia? A lo que Preciosa respondió: primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad por vida de lo que mas quiere. Conjuro es ese, respondió el page, que aunque el decirla me

costase la vida, no la negaré en ninguna manera. Pues la verdad que quiero que me diga (dixo Preciosa) es, si por ventura es poeta? A serlo, replicó el page, forzosamente habia de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía: y para lo que he menester no voy á pedir ni á buscar versos agenos, los que te dí son mios, y estos que te doy ahora tambien; mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera. ¿Tan malo es ser poeta? replicó Preciosa. No es malo, dixo el page; pero el ser poeta á solas, no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino quando conviene y sea razon que la muestre. La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discrecion mas alta. Es amiga de la sole-

dad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente deleyta y enseña á quantos con ella comunican. Con todo eso, respondió Preciosa, he oido decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al reves, dixo el page, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que la alcanzan pocos. ¿Pero que te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta? Háme movido, respondió Preciosa, porque como yo tengo á todos ó los mas poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me dísteis entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois poeta, sino un aficionado á la poesía, podrá ser que fuésedes rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar quanta hacienda tuviéredes: que no hay poeta, segun dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni grangear la que no tiene. Pues yo no soy de esos, replicó

el page, versos hago, y no soy rico ni pobre: y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los genoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos á quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel, y este segundo escudo que va en él, sin que os pongais á pensar si soy poeta ó no: solo quiero que penseis y creais, que quien os da esto, quisiera tener para daros las riquezas de Midas. Y en esto le dió el papel, y tentándole Preciosa, halló que dentro venia el escudo, y dixo: este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo, una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y de corazones. Pero sepa el señor page que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra: por poeta le quiero y no por dadivoso, y de esta manera tendrémos amistad que dure; pues mas aina puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un romance. Pues así es, replicó el page, que

quieres Preciosa que yo sea pobre por fuerza, no desseches el alma que en ese papel te envio, y vuélveme el escudo, que como le toques con la mano, le tendré por reliquia miéntras la vida me durare. Sacó Preciosa el escudo del papel, quedóse con éste, y no le quiso leer en la calle. El page se despidió, y se fué contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le habia hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andres, sin querer detenerse á baylar en ninguna parte, en poco espácio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabia: y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados que le habian dado por señas, y vió en ellos á un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el qual apénas tambien hubo visto la Gitanilla, quando dixo: subid, niñas, que aquí os darán limosna. A esta voz acudiéron

al balcon otros tres caballeros, y entre ellos el enamorado Andres, que quando vió á Preciosa perdió la color, y estuvo á punto de perder los sentidos: tanto fué el sobresalto que recibió con su vista. Subiéron las Gitanillas todas, menos la grande que se quedó abaxo para informarse de los criados de las verdades de Andres. Al entrar las Gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demas: esta debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid. Ella es, replicó Andres, y sin duda es la mas hermosa criatura que se ha visto. Así lo dicen, dixo Preciosa (que lo oyó todo entrando); pero en verdad qué se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita bien creo que lo soy; pero tan hermosa como dicen ni por pienso. Por vida de Don Juanico mi hijo, dixo el anciano, que aún sois mas hermosa de lo que dicen, linda Gitana. ¿Y quien es Don Juanico su hijo? preguntó Preciosa. Ese galan que está á vuestro lado, respondió el caballero. En verdad

que pensé, dixo Preciosa, que juraba V.m. por vida de algun niño de dos años: mirad que Don Juanico, y que brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde ó se le trueca. Basta (dixo uno), ¿qué sabe la Gitanilla de rayas. En esto las tres Gitanillas que iban con Preciosa se arrimáron á un rincón, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntáron por no ser oidas. Dixo la Cristina: muchachas, este es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho. Así es verdad, dixéron ellas; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si él no nos lo mienta: ¿que sabemos si quiere encubrirse? En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas: lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino. Yo sé del señor Don Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas

que parecen imposibles: y plegue á Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viage ha de hacer agora muy léjos de aquí: y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gaviboa. A esto respondió Don Juan: en verdad, Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viage largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios servido, dentro de quatro ó cinco dias me partiré á Flándes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase. Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á Dios, que todo se hará bien, y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, si

no que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas tus idas y venidas á Flándes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déxate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, quanto mas que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces ántes que te cases, y danos una limosna por Dios, y por quien tú eres: que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en quanto te he dicho. Otra vez te he dicho, niña (respondió Don Juan, que habia de ser Andres Caballero) que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y adonde quiera sin serme pedida; pues no se puede

preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios, y por mí, que en verdad que esta mañana dí quanto tenia á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una de ellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez dixo á las demas Gitanas y niñas: que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana. No es así, respondió una de las dos, porque dixo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie, y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo eso veo que no nos da nada, ni nos manda baylar. Subió en esto la Gitana vieja, y dixo: nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer, y mas que decir. ¿Y que hay abuela (preguntó Preciosa) hay hijo ó hija? Hijo, y muy lindo,

respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas. Plegue á Dios que no muera de sobreparto, dixo Preciosa. Todo se mirará muy bien, replicó la vieja, quanto mas que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro. ¿Ha parido alguna señora? preguntó el padre de Andrés Caballero: sí señor, respondió la Gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa y yo, y otra persona; y así no podemos decir quien es. Ni aquí lo queremos saber, dixo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto, y en vuestra ayuda pone su honra. No todas somos malas, respondió Preciosa: quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera tanto quanto el hombre mas estimado que hay en esta sala: y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas, ni rogamos á nadie. No os enojeis, Preciosa, dixo el padre, que á lo ménos de vos imagino que no

se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que bayleis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apénas hubo oido esto la vieja, quando dixo: ea, niñas, baldas (en cinta) y dad contento á estos señores. Tomó las sonajas Preciosa, y diéron sus vueltas, hiciéron y deshiciéron todos sus lazos con tanto donayre y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de quantos las miraban, especialmente los de Andres, que así se iban entre los pies de Preciosa como si allí tuvieran el centro de su glória; pero turbósela la suerte de manera que se la volvió en infierno: y fué el caso, que en la fuga del bayle se le cayó á Preciosa el papel que la habia dado el page; y apénas hubo caido, quando le alzó el que no tenia buen concepto de las Gitanas, y abriéndole al punto, di-

xo: bueno, sonetico tenemos, cose el bayle, y escúchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesóle á Preciosa por no saber lo que en él venia, y rogó que no le leyesen, y que se le volviesen; y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andres para oirle. Finalmente el caballero le leyó en alta voz, y era este:

Quando Preciosa el panderete toca,
y hiere el dulce son los ayres vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca.

Suspensa el alma, y la cordura loca
queda á los dulces actos sobrehumanos,
que de limpios, de honestos, y de sanos
su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva, y á sus plantas tiene
amor rendidas una y otra flecha:

Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
su imperio amor por ellos le mantiene,
y aun mas grandezas de su ser sospecha.

Por Dios, dixo el que leyó el soneto, que tiene donayre el poeta que le escribió. No es poeta, señor, sino un page muy galan y muy hombre de bien, dixo Preciosa. Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del page, sino lanzas que traspasan el corazon de Andres que las escucha: ¿queréislo ver, niña? pues volved los ojos, y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte: no penseis, doncella, que os ama tan de burlas Andres, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos. Llegaos á él en hora buena, y decidle algunas palabras al oido, que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo. No sino andaos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza, y veréis qual os le ponen. Todo esto pasó así como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil zelosas imaginaciones le sobresaltáron: no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dixo: ¿qué

tienes, Don Juan, que parece que te vas á desmayar segun se te ha mudado el color? Espérense, dixo á esta sazon Preciosa, déxenmele decir unas ciertas palabras al oido, y verán como no se desmaya. Y llegándose á él, le dixó casi sin mover los labios: ¡gentil ánimo para Gitano! ¿cómo podreis, Andres, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel? y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon, se apartó de él, y entónces Andres respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado: finalmente el doblon de dos caras se le diéron á Preciosa, y ella dixo á sus compañeras, que lo trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres la dixo que le dexase por escrito las palabras que habia dicho á Don Juan, que las queriá saber en todo caso. Ella dixo que las diria de muy buena gana, y que entendiesen, que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar del mal de corazon, y los

vaguidos de cabeza; y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
tente en ti, no te resbales,
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.
Solicita
la bonita,
confiancita,
no te inclines
á pensamientos ruines,
verás cosas
que toquen en milagrosas,
Dios delante,
y San Cristobal gigante.

Con la mitad de estas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á qualquiera persona que tuviere vaguidos de cabeza, dixo Preciosa, quedará como una manzana. Quando la Gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste quedó pasmada; y mas lo quedó Andres, que vió que todo era invencion de su agudo ingenio;

Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa por no dar otro tártago á Andres, que ya sabia ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos zelosos á los rendidos amantes. Despidiéronse las Gitanas, y al irse dixo Preciosa á Don Juan: mire, señor, qualquiera dia de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo mas presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella. No es tan libre la del soldado á mi parecer, respondió Don Juan, que no tenga mas de sujecion que de libertad; pero con todo eso yo haré como viere. Mas veréis de lo que pensais, le respondió Preciosa, y ruego á Dios os lleve y trayga con bien, como vuestra buena presencia merece. Con estas últimas palabras quedó contento Andres, y las Gitanas se fuéron contentísimas: trocáron el doblon, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de

lo que se juntaba, así por la mayoridad, como por ser ella la aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bayles, donayres, y aun de sus embustes. Llegóse en fin el dia que Andres Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler sin criado alguno: halló en él á Preciosa y á su abuela, de las quales conocido, le recibiéron con mucho gusto. El les dixo que le guiasen al rancho ántes que entrase el dia, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que como advertidas, viniéron solas, diéron la vuelta, y de allí á poco rato llegáron á sus barracas: entró Andres en una que era la mayor del rancho, y luego acudiéron á verle diez ó doce Gitanos, todos mozos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad

nunca vista : echáron luego ojo á la mula, y dixo uno de ellos : esta se podrá vender el juéves en Toledo. Eso no, dixo Andres, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que traginan por España. Par Dios, señor Andres, dixo uno de los Gitanos, que aunque la mula tuviera mas señales que las que han de preceder al dia tremendo, aquí la transformarémos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado. Con todo eso, respondió Andres, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio: á esta mula se la ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan. Pecado grande, dixo otro Gitano : ¿á una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andres, sino haga una cosa : mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déxemela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo. En fin

guna manera consentiré, dixo Andres, que la mula no muera, aunque mas me aseguren su transformacion: yo temo ser descubierto si á ella no la cubre la tierra; y si se hace por el provécho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofadría que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen quatro mulas. Pues así lo quiere el señor Andres Caballero, dixo otro Gitano, muera la sin culpa; y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aún no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe de ser andariega, pues no tiene costras en las hijadas, ni llagas de la espuela. Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel dia se hiciéron las ceremonias de la entrada de Andres á ser gitano, que fuéron: desembarazáron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andres sobre un medio alcornoque, pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos

Gitanos tañian, le hiciéron dar dos cabriolas; luego le desnudáron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le diéron dos vueltas blandamente. A todo se halló presente Preciosa y otras muchas Gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andres, que hasta los Gitanos le quedáron aficionadísimos.

Hechas pues las referidas ceremonias, un Gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andres, dixo: esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las Gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ó ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere mas de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias: mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que mas te contentare, que la

que escogieres te darémos; pero has de saber, que una vez escogida, no la has de dexar por otra, ni te has de empachar ni entrometer ni con las casadas ni con las doncellas. Nosotros guardamos rigurosa é inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda que es del otro: libres vivimos de la amarga pestilencia de los zelos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y quando le hay en la muger propia, ó alguna bellaqueria en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros (como ya he dicho) vivimos seguros.

Pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la muger ó la amiga, que queremos que cada una sea

del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dexar la muger vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas, y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios. Los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas ubas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza; sombra las peñas, ayre fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencías del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hacha los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: á nuestro ánimo no le tuercen cordeles,

ni le ahogan tocas, ni le doman potros.

Del sí al no no hacemos diferencia quando nos conviene: siempre nos preciamos mas de mártires que de confesores. Para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faltriqueras en las ciudades. No hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña que mas presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interes nos señalen. Y finalmente tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, y de noche hurtamos, ó por mejor decir avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por quadros y paises de Flándes los que

nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia, y las que son de la noche: vemos como arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera el alba alegrando el ayre, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dixo el poeta) y rizando montes: ni tememos quedar helados por su ausencia quando nos hiere al soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados quando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia. En conclusion somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran: iglesia, mar, ó casa real: tenemos lo que queremos; pues nos contentamos con lo que tenemos.

Todo esto he dicho, generoso mancebo, porque no ignoreis la vida á que habeis venido, y el trato que habeis de profesar, el qual os he pintado aquí en borron; que otras muchas é infinitas cosas ireis descubriendo en él con el tiempo, no ménos dignas de consideracion que las que habeis oido. Calló en diciendo esto el eloqüente y viejo Gitano, y el novicio dixo: que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesion en aquella órden tan puesta en razon y en políticos fundamentos, y que solo le pesaba no haber venido mas presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesion de caballero, y la vanagloria de su ilustre linage, y lo ponia todo debaxo del yugo, ó por mejor decir, debaxo de las leyes con que ellos vivian; pues con tan alta recompensa le satisfacian el deseo de servirlos, entregándole á la divina Preciosa, por quien él dexaria muchas coronas, y dilatados imperios, y solo los desearia para ser-

virla. A lo qual respondió Preciosa: puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado; yo he hallado por ley de mi voluntad, que es la mas fuerte de todas, que no quiero serlo sino es con las condiciones que ántes que aquí vinieses entre los dos concertamos: dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mia goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes, las que te he puesto, sabes, si las quieres guardar, podrá ser que sea tuya, y tú seas mio; y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos estan enteros, y de tus dineros no te falta un ardite: la ausencia que has hecho no ha sido aún de un dia, que de lo que de él falta te puedes servir, y dar lugar que consideres lo que mas te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te esti-

maré en mucho; si te vuelvés, no te tendré en ménos; porque á mi parecer los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razon ó con el desengaño, y no querria yo que fueras tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la dexa por correr tras otra que le huye: ojos hay engañados, que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro; pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso. Esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol, y la encareces sobre el oro, que sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia: dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas, ó será justo que deseches: que la prenda que una vez comprada nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bién es que haya tiempo, y mucho para mirarla, y ver en ella las faltas, ó las virtudes que tiene; que yo no me

rijo por la bárbara licencia que èstos mis parientes se han tomado de dexar las mugeres, ó castigarlas quando se les antoja. Y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

Tienes razon, ó Preciosa, dixo á este punto Andres; y así, si quieres que asegure tus temores, y menoscabe tus sospechas, jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte, que á todo me hallarás dispuesto. Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dixo Preciosa; y así son segun pienso los del amante, que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio, y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia.

No quiero juramentos, señor Andres, ni quiero promesas; solo quiero remitirlo todo á la experiencia de esté

noviciado, y á mí se me quedrá el cargo de guardarme, quando vos le tuviéredes de ofenderme. Sea así, respondió Andres: solo una cosa pido á estos señores y compañeros mios, y es, que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladron, si ántes no preceden muchas y grandes liciones. Calla, hijo, dixo el Gitano viejo, que aquí te industriarémos de manera que salgas un águila en el oficio; y quando le sepas, has de gustar de él de modo que te comas las manos tras él. Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho. De azotes he visto yo volver á algunos de esos vacíos, dixo Andres. No se toman truchas á bragas enxutas, replicó el viejo: todas las cosas de esta vida estan sujetas á diversos peligros, y las acciones del ladron al de las galeras; azotes y horca; pero no porque que corra un navío tormenta, ó se anegue, han de dexar los otros de navegar: buend

sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dexase de haber soldados; quanto mas, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le traxese en los pechos, y de los buenos. El toque está no acabar coceando al ayre en la flor de nuestra juventud, y á los primeros delitos, que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras no lo estimamos en un cacao. Hijo, Andres, reposad agora en el nido debaxo de nuestras alas, que á su tiempo os sacarémos á volar, y en parte donde no volvais sin presa; y lo dicho dicho, que os habeis de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dixo Andres, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de vénia, quiero repartir ducientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apénas hubo dicho esto, quando arremetiéron á él muchos Gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el victor, victor

el grande Andres, añadiendo: ¡y viva, viva Preciosa, amada prenda suya. Las Gitanas hiciéron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras Gitanillas que se halláron presentes: que la envidia tambien se aloja en los aduares de los bárbaros, y en las chozas de los pastores, como en palacios de príncipes; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene mas méritos que yo, fatiga. Hecho esto, comiéron largamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andres, y subiéron al cielo la hermosura de Preciosa. Llegó la noche, acocotáron la mula, y enterráronla de modo que quedó seguro Andres de ser por ella descubierto, y tambien entendiéron con ella sus alhajas, como fuéron silla, freno y cinchas, á uso de los indios que sepultan con ellos sus mas ricas preseas.

De todo lo que hábia visto, y de los ingenios de los Gitanos quedó admirado Andres, y con propósito de seguir su empresa, sin entrometerse nada en

sus costumbres, ó á lo ménos excusarlo por todas las vias que pudiese, pensando exêntarse de la jurisdiccion de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen á costa de su dinero. Otro dia les rogó Andres que mudasen de sitio, y se alejasen de Madrid, porque tenia ser conocido si allí estaba: ellos dixéron que ya tenian determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantáron pues el rancho, y diéronle á Andres una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pie sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra iba: ella contentísima de ver como triunfaba de su gallardo escudero; y él ni mas ni ménos de ver junto á sí á la que habia hecho señora de su albedrio. ¡O poderosa fuerza de este que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro), y con qué veras nos avasallas! Caballero es Andres, y mozo de muy buen entendimiento, criado en la corte, y con el regalo de sus ri-

cos padres; y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y á sus amigos: defraudó las esperanzas que sus padres en él tenian: dexó el camino de Flándes, donde habia de exercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linage, y se vino á postrar á los pies de una muchacha, y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima, en fin era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus pies á la voluntad mas exênta. De allí á quatro dias llegáron á una alegre y fresca aldea dos leguas de la gran Toledo, donde asentáron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarian ninguna cosa, ni harian otro daño alguno de que contra ellos se pudiese formar queja. Hecho esto; todas las Gitanas viejas, alguna mozas, y los Gitanos se esparciéron por todos los lugares, ó á lo ménos apartados por quatro ó cinco leguas de aquel donde ha-

bian asentado su real. Fué con ellos Andres á tomar la primera licion de ladron; pero aunque le diéron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó, ántes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacian se le arrancaba á él el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habian hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños: de lo qual los Gitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibian la entrada á la caridad en sus pechos, la qual en teniéndola, habian de dexar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna mara. Viendo pues esto Andres, dixo que él queria hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenia ligereza, y para cometerle no le faltaba el ánimo; así que el premio ó el castigo de lo que hurtase queria que fuese solo suyo.

Procuráron los Gitanos disuadirle de su buen propósito, diciéndole, que

le podrian suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse, y que una persona sola no podia hacer grandes presas. Pero por mas que dixéron, Andres quiso ser ladrón solo, con intencion de apartarse de la quadrilla, y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la habia hurtado, y de este modo cargar lo ménos que pudiese sobre su conciencia. Usando pues de esta industria, en ménos de un mes traxo mas provecho á la compañía, que traxéron quatro de los mas estirados de ella, de que no poco se holgaba Preciosa, viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladron; pero con todo eso estaba tan temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andres le hacia. Poco mas de un mes se estuviéron en los términos de Toledo, donde hiciéron su agosto, aunque era por el mes de setiembre: y desde

allí se entráron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente.

Pasaba Andres con Preciosa honestos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante; y en él del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el premio y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente: tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza: finalmente en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del Gitano Andres Caballero, y de sus gracias y habilidades; y al par de esta fama corria la de la hermosura de la Gitanilla, y no habia villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos. De esta suerte iba el aduar rico, prós-

pero y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse. Sucedió pues que teniendo el aduar entre unas encinas algo apartado del camino, oyéron una noche, casi á la mitad de ella, ladrar sus perros con mucho ahinco, y mas de lo que acostumbraban: saliéron algunos Gitanos, y con ellos Andres á ver á quién ladraban, y viéron que se defendia de ellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian los perros asido de una pierna: llegáron, quitáronle, y uno de los Gitanos le dixo: ¿quien diablos os traxo por aquí, hombre, á tales horas, y fuera de camino? ¿venis á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto. No vengo á hurtar, dixo el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado; pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que estos perros me han hecho? No hay lugar, ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andres; mas pa-

ra curar vuestras heridas, y alojaros esta noche, no os faltará comodidad en nuestros ranchos: venios con nosotros, que aunque somos Gitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la use con vosotros, respondió el hombre; llevadme adonde quisiéredes, que el dolor de esta pierna me fatiga mucho. Llegóse á él Andres y algunos de los otros Gitanos caritativos (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre ellos le llevâron.

Hacia la noche clara con la luna, de manera que pudiéron ver que el hombre era mozo de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegáron á la barraca ó toldo de Andres, y con presteza encendiéron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habian dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros,

friólos en aceyte, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceyte en ellas, y encima un poco de romero verde mascado: lióselo muy bien con unos paños limpios, y santiguóle las heridas, y díxole: dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada. En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella, de modo que Andres echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dexáron solo sobre un lecho de heno seco: y por entónces no quisiéron preguntarle nada de su camino, ni de otra cosa.

Apénas se apartáron de él, quando Preciosa llamó á Andres aparte, y le dixo: ¿acuérdaste, Andres, de un papel que se me cayó en tu casa quando baylaba con mis compañeras, que segun creo te dió un mal rato? Sí acuer-

do, respondió Andres, y era un soneto en tu alabanza, y no malo. Pues has de saber Andres (respondió Preciosa) que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dexamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba á mi parecer como page, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe: y en verdad te digo, Andres, que el mozo es discreto, bien razonado, y sobremanera honesto, y no sé qué pueda imaginar de esta su venida, y en tal trage. ¿Que puedes imaginar, Preciosa? respondió Andres; ninguna otra cosa, sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho ser Gitano, le ha hecho á él parecer molinero, y venir á buscarte. ¡Ha, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener mas de un rendido! y si esto es así, acábame á mí primero, y luego matarás á ese otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras

de tu engaño, por no decir de tu belleza. Válgame Dios, respondió Preciosa, Andres, ¡y quán delicado andas, y quán de un sutil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los zelos! Dime, Andres, si esto tuviera artificio ó engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿soy tan necia por ventura, que te habia de dar ocasion de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andres, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho de este tu asombro, adónde va, ó á lo que viene: podria ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho: y para mayor satisfaccion tuya, pues ya he llegado á términos de satisfacerte, de qualquier manera, y con qualquier intencion que este mozo venga, despídele luego, y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad

le quiera dar acogida en su rancho; y quando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dexarme ver de sus ojos, ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean. Mira, Andres, no me pesa á mí de verte zeloso, pero pesarmeha mucho si te veo indiscreto. Como no me veas loco, Preciosa, respondió Andres, qualquiera otra demostracion será poca ó ninguna para dar á entender adónde llega, y quánto fatiga la amarga y dura presuncion de los zelos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré qué es lo que este señor page y poeta quiere, adónde va, y qué es lo que busca; que podria ser que por algun hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme. Nunca los zelos á lo que imagino, dixo Preciosa, dexan el entendimiento desembarazado para que pueda juzgar las cosas como ellas son; siempre miran los zelosos con antojos de allende, que hacen grandes las cosas

pequeñas, los enanos gigantes, y las sospechas verdades: por tu vida, y por la mia, Andres, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente, que si así lo hicieres, bien sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo.

Con esto se despidió de Andres, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el alma, y de mil contrarias imaginaciones: no podia creer sino que aquel page habia venido allí atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion. Por otra parte, la satisfaccion que Preciosa le habia dado, le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro, y á dexar en las manos de su bondad toda su ventura. Llegó el dia, visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, adónde iba, y cómo caminaba tan tarde, y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó ¿cómo estaba, y si se sentia sin

dolor de las mordeduras? A lo qual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, de manera que podia ponerse en camino. A lo de decir su nombre, y adónde iba, no dixo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á nuestra señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habian puesto del modo que habia visto.

No le pareció á Andres legítima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo volviéron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dixo: hermano, si yo fuera juez, y hubiérades caido debaxo de mi jurisdicion por algun delito, el qual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quién sois, cómo os llamais, ó adónde vais; pero

adviértoos, que si os conviene mentir en este vuestro viage, mintais con mas apariencia de verdad. Decís que vais á la Peña de Francia, y la dexais á mano derecha mas atras de este lugar donde estamos bien treinta leguas: caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares, que no tienen sendas apénas, quanto mas caminos. Amigo, levantaos, aprended á mentir, y andad en hora buena; pero por este buen aviso que os doy, ¿no me direis una verdad? que sí direis, pues tan mal sabeis mentir. Decidme: ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la Corte entre page y caballero, que tenia fama de ser gran poeta; uno que hizo un romance y un soneto á una Gitanilla que los dias pasados andaba por Madrid, y era celebrada por singular en la belleza? Decídmelo, que yo os prometo: por la fe de caballero Gitano de guardaros el secreto que vos viéredes que os conviene. Mirad que negarme la verdad de que no

sois el que yo digo, no llevaria camino, porque este rostro que yo veo aquí, es sin duda el que yo vi en Madrid: que la fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne; y así se me quedó en la memoria tan estampada vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente trage en que estais agora del en que yo os vi entónces. No os turbeis, animaos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad, yo imagino una cosa, y si es así como la imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es, que enamorado de Preciosa (aquella hermosa Gitanica á quien hicísteis los versos) habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en ménos sino en mucho mas; que aunque Gitano, la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor,

y las transformaciones que hace hacer á los que coge debaxo de su jurisdicion y mando: si es esto así, como creo que sin duda lo es, aquí está la Gitanica. Sí, aquí está, que yo la vi anoche, dixo el mordido: razon con que Andres quedó como difunto, pareciéndole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas. Anoche la vi, tornó á decir el mozo; pero no me atreví á decirle quién era, porque no me convenia. De esa manera, dixo Andres, vos sois el poeta que yo he dicho. Sí soy, replicó el mancebo, que no lo puedo, ni quiero negar: quizá podria ser que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas, y buen acogimiento en los montes. Hayle sin duda, respondió Andres, y entre nosotros los Gitanos el mayor secreto del mundo. Con esta confianza podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, que hallaréis en el mio lo que veréis sin doblez alguna: la Gitanilla es parienta mia, y está sujeta á lo que

yo quisiere hacer de ella; si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustarémos de ello: y si por amiga, no usarémos de ningun melindre, con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamas sale de nuestros ranchos. Dineros traygo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa que traygo ceñida por el cuerpo, vienen quatrocientos escudos de oro.

Este fué otro susto mayor que recibió Andres, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda; y con la lengua ya turbada dixo: buena cantidad es esa, no hay sino descubriros, y manos á la labor, que la muchacha que no es nada boba, verá quan bien la está ser vuestra. ¡Ay amigo! dixo á esta sazon el mozo: quiero que sepais, que la fuerza que me ha hecho mudar de trage no es la del amor que vos decís, ni de desear á Preciosa, qué hermosas tiene Madrid: que pueden y saben robar los corazones, y rendir las almas tan bien y mejor que las mas hermosas Gi-

tanas; puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja: quien me tiene en este trage, á pie, y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mia.

Con estas razones que el mozo decia, iba Andres cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaba á otro paradero del que él se imaginaba; y deseoso de salir de aquella confusion, volvió á reforzarle la seguridad con que podia descubrirse; y así él prosiguió diciendo: yo estaba en Madrid en casa de un título, á quien servia no como á señor sino como á pariente: éste tenia un hijo único heredero suyo, el qual así por el parentesco, como por ser ámbos de una edad y de una condicion misma, me trataba con familiaridad y grande amistad: sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres, que

aspirabán á casarle mas altamente; pero con todo eso la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos, solo los mios eran testigos de sus intentos. Una noche que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta de esta señora, vimos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y apénas se encaminó hácia ellos, quando echáron con mucha ligereza mano á las espadas y á los broqueles, y se viniéron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiáron los zelos de mi pariente, y la defensa que yo le hacia, las perdiéron (caso extraño, y pocas veces visto): triunfando pues de lo que no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente (tomando el dinero que pudimos) nos fuimos á San Gerónimo, esperando el dia que

descubriese lo sucedido, y las presunciones que se tenian de los matadores.

Supimos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros. Y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisáron que los señores alcaldes de Corte habian preso en su casa á los padres de la doncella, y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomáron la confesion, una criada de la señora dixo como mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia; y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallándonos sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la Corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros (que lo eran y muy principales). Finalmente con parecer del conde mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada en hábito de

frayle con otro frayle se fué la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde allí á Flándes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota: seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de frayle, á pie salí con un religioso que me dexó en Talavera; desde allí á aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habeis visto; y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fué por responder algo á lo que me preguntaban, que en verdad que no sé donde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está mas arriba de Salamanca. Así es verdad, respondió Andres, y ya la dexais á mano derecha casi veinte leguas de aquí, porque veais quan derecho camino llevábades si allá fuérades.

El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, que allí tengo un caballero genovés, grande ami-

go del bonde mi pariente, que suele enviar á Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar, como uno de ellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia: mirad si puedo decir que hace mas de desgracia pura, que de amores aguados; pero si estos señores Gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaria muy bien, que me doy á entender que en su compañía iria mas seguro, y no con el temor que llevo. Sí llevarán, respondió Andres, y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta agora no sé si va al Andalucía, iréis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos dias, y con darles algo de lo que llevais facilitareis con ellos otros imposibles mayores. Dexóle con esto Andres, y vino á dar cuenta á los Gitanos de lo que el mozo le ha-

ros en cantidad, con facilidad le acogiéron en su compañía, y se ofreciéron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determináron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el reyno de Murcia: llamáron al mozo, y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él, él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedáron mas blandos que unas martas; solo á Preciosa no contentó la quedada de D. Sancho (que así dixo el mozo que se llamaba); pero los Gitanos se le mudáron en el de Clemente, y así le llamáron desde allí adelante. Tambien quedó un poco torcido Andres, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento habia dexado sus primeros designios; mas Clemente, como si le leyera la intencion, entre otras cosas le dixo que se holgaria de ir al reyno de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen las galeras, como

él pensaba que habian de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente por traerle mas ante los ojos y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andres que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacia: andaban siempre juntos, gastaban largo, llovian escudos, corrian, saltaban, baylaban, y tiraban la barra mejor que ninguno de los Gitanos, y eran de las Gitanas mas que medianamente queridos, y de los Gitanos en todo extremo respetados.

Dexáron pues á Extremadura, entráronse en la Mancha, y poco á poco fuéron caminando al reyno de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban habia desafios de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros exercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salian vencedores Andres y Clemente, como de solo Andres queda dicho. En todo este tiempo, que fuéron mas de mes y medio, nunca tuvo Clemente oca-

sion, ni él la procuró de hablar á Preciosa, hasta que un dia estando juntos Andres y ella, llegó él á la conversacion, porque le llamáron, y Preciosa le dixo: desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me viniéron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intento venias á estas estancias, y quando supe tu desgracia, me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como habia Don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podia haber D. Sanchos que se mudasen en otros nombres: háblote de esta manera, porque Andres me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intencion con que se ha vuelto Gitano (y así era á la verdad, que Andres le habia hecho sabedor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos): y no pienses que te fué de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto, y por

lo que yo de tí dixe, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plegue á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte.

Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andres la baxeza de su intento, ni le pintes quan mal le está perseverar en este estado; que puesto que yo imagino que debaxo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaria de verle dar muestras por mínimas que fuesen, de algun arrepentimiento. A esto respondió Clemente: no pienses, Preciosa única, que D. Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era; primero le conocí yo: primero me descubriéron sus ojos sus intentos: primero le dixe yo quién era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas: y él dándome el crédito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo, que no soy, ó Preciosa, de tan corto ingenio que no alcance hasta

dónde se extiendan las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que pueden llamarse yerros los que se hacen por tan forzosa causa. Agradézcote, señora, lo que en mi crédito dixiste; y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andres, y Andres de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los mas bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza: esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andres, y no cosa que le divierta de sus bien colocados pensamientos.

Con tales afectos dixo Clemente estas razones, que estuvo en duda Andres si las habia dicho como enamorado ó como comedido, que la infernal enfermedad zelosa es tan delicada, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el

amante, y se desespera; pero con todo eso no tuvo zelos confirmados, mas fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya: que siempre los enamorados se tienen por infelices miéntras no alcanzan lo que desean. En fin Andres y Clemente eran camáradas y amigos, asegurándolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato y prudencia de Preciosa, que jamas dió ocasion á que Andres tuviese de ella zelos. Tenia Clemente sus puntas de poeta, como lo demostró en los versos que dió á Preciosa, y Andres se picaba un poco, y entrámbos eran aficionados á la música: sucedió pues que estando el aduar alojado en un valle quatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos, Andres al pie de un alcornoque, y Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andres, y respondiendo Clemente, cantáron estos versos:

AND. Mira, Clemente, el estrellado velo
con que esta noche fria
compite con el dia,
de luces bellas adornado el cielo;
y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el extremo de hermosura.

CLEM. Donde asiste el extremo de hermosura,
y adonde la preciosa
honestidad hermosa
con todo extremo de bondad se apura;
en un sugeto cabe,
que no hay humano ingenio que le alabe,
si no toca en divino,
en alto, en raro, en grave, en peregrino.

AND. En alto, en raro, en grave, en peregrino
estilo nunca usado,
al cielo levantado,
por dulce al mundo y sin igual camino;
tu nombre, ó Gitanilla,
causando asombro, espanto y maravilla,
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera.

CLEM. Que le llevara hasta la octava esfera,
fuera decente y justo,

dando á los cielos gusto
quando el son de tu nombre allá se oyera;
y en la tierra causara,
por donde el dulce nombre resonara,
música en los oidos,
paz en las almas, gloria en los sentidos:

AND. Paz en las almas, gloria en los sentidos
se siente quando canta
la sirena que encanta,
y adormece á los mas apercibidos;
y tal es mi Preciosa,
que es lo ménos que tiene, el ser hermosa;
dulce regalo mio,
corona del donayre, honor del brio.

CLEM. Corona del donayre, honor del brio
eres, bella Gitana,
frescor de la mañana,
zéfiro blando en el ardiente estío:
rayo con que amor ciego
convierte el pecho mas de nieve en fuego:
fuerza, que si la hace,
suavemente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, sino sonara á sus espaldas la voz de Precio-

sa que las suyas habia escuchado: suspendióles el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atencion, la escucháron: ella (no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusiéron) con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
el ser honesta que hermosa.
La que es mas humilde planta,
si la subida endereza
por gracia ó naturaleza,
á los cielos se levanta.
En este mi baxo cobre,
siendo honestidad su esmalte,
no hay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena
no quererme, ó no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es,

que á ser buena me encamine,
y haga el cielo y determine
lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
tiene tal prerogativa,
que me encumbre tan arriba
que aspire á mayor alteza.
Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.
De la mia lo que siento
me sube á grado mayor,
porque magestad y amor
no tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andres y Clemente se levantáron á recibirla; pasáron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su entendimiento, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intencion de Andres, que aún hasta entónces no la habia hallado, juzgando mas á mocedad que á cordura su arrojada

determinacion. Aquella mañana se levantó el aduar, y se fuéron á alojar en un lugar de la jurisdiccion de Murcia tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andres una desgracia que le puso á punto de perder la vida: y fué que despues de haber dado en aquel lugar algunas prendas de plata en fianzas, como tenian de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos Gitanillas, y los dos, Clemente y Andres, se alojáron en el meson de una viuda rica, la qual tenia una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo mas desenvuelta que hermosa, por mas señas que se llamaba Juana Carducha. Esta, habiendo visto bailar á las Gitanas y Gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andres tan fuertemente, que propuso de decírselo, y tomarle por marido si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y así buscó coyuntura para decírselo, y hallóla en un corral donde Andres habia entrado á requerir dos pollinos. Llegóse á él, y con pri-

su, por no ser vista, le dixo: Andres (que ya sabia su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, este meson es suyo, y sin esto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; háseme parecido bien, si me quieres por esposa, á tí te está bien: respóndeme presto, y si eres discreto quédate, y verás que vida nos damos. Admirado quedó Andres de la resolucion de la Carducha, y con la presteza que ella pedia, le respondió: señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los Gitanos no nos casamos sino con Gitanas; guárdela Dios por la merced que me queria hacer, de que yo no soy digno.

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andres, á quien replicara si no viera que entraban en el corral otras Gitanas: salióse corrida, y de buena gana se vengara si pudiera. Andres como discreto determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasion; que bien leyó en los ojos

de la Carducha, que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pie á pie, y solo en aquella estacada: y así pidió á todos los Gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecian, lo pusiéron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fuéron. La Carducha que vió que en irse Andres se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar Andres por fuerza, ya que de grado no podia: y así con la industria, sagacidad y secreto que iá mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andres que ella conoció por suyas, unos ricos corales, y dos patenas de plata con otros brincos suyos: y apénas habian salido del meson, quando dió voces diciendo, que aquellos Gitanos le llevaban robadas sus joyas: á cuyas voces acudió la justicia, y toda la gente del pueblo. Los Gitanos hiciéron alto, y todos juraban que no

llevaban cosa hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y ropa de su aduar. De esto se congojó mucho la Gitana vieja, temiendo no se manifestasen en aquel escrutinio los dixes de la hermosa Preciosa, y los vestidos de Andres, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con grande brevedad, porque al segundo envoltorio que miráron, dixo que preguntasen qual era el de aquel Gitano gran baylador, que ella le habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase.

Entendió Andres que por él lo decia, y riéndose dixo: señora doncella, esta es mi recámara, y este es mi pollino; si vos hallárodés en ella, ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley dá á los ladrones. Acudiéron luego los ministros de justicia á desvalijar el pollino, y á pocas vueltas diéron con todo el hurto, de que quedó tan espantado Andres y tan ab-

sorto, que no pareció sino estátua sin voz de piedra dura. No sospeché yo mal, dixo á esta sazon la Carducha: mirad con que buena cara se encubre un tan grande ladron. El alcalde que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andres y á todos los Gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaba Andres, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo: ¿no veis qual se ha quedado el Gitano pudrido de hurtar? apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto, con habérsele cogido en las manos, que bien haya quien os echa en galeras á todos: mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á S. M., que no andarse baylando de lugar en lugar, y hurtando de venta en monte. A fe de soldado que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis pies; y diciendo esto, sin mas ni mas alzó la mano, y le dió un bo-

feton tal, que le hizo volver de su embelesamiento, y le hizo acordar de que no era Andres Caballero, sino D. Juan, y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y mas cólera, le arrancó la espada de la vayna, y se la envaynó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra. Aquí fué el gritar del pueblo; aquí el amohinarse el alcalde; aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres de verla desmayada; aquí el acudir todos á las armas, y dar tras el matador.

Creció la confusion, creció la grita; y por acudir Andres al desmayo de Preciosa, dexó de acudir á su defensa: y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagages habia ya salido del pueblo: finalmente tantos cargáron sobre Andres, que le prendiéron y le aherrojáron con muy gruesas cadenas. Bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia por ser de su jurisdiccion: no le lleváron hasta

otro dia, y en el que allí estuvo pasó Andres muchos y muy grandes martirios y vituperios, que el indignado alcalde y sus ministros, y todos los del lugar le hiciéron. Prendió luego el alcalde á todos los mas Gitanos y Gitanas que pudo, porque los mas huyéron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente con la sumaria del caso, y con una cáfila de Gitanos entráron el alcalde y sus ministros con mucha gente armada en Murcia, entre los quales iba Preciosa, y el pobre Andres ceñido de cadenas sobre un macho, y con esposas, y pie de amigo. Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado; pero la hermosura de Preciosa fué aquel dia tanta, que ninguno la miraba que no la bendecia. Llegó la nueva de su belleza á los oidos de la señora corregidora, que deseosa de verla hizo que el corregidor su marido mandase que aquella Gitanica no entrase en la cárcel, y todos los demas sí. A Andres

le pusiéron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le tratáron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Lleváron á Preciosa con su abuela á que la corregidora la viese, y así como la vió, dixo: con razon la alaban de hermosa; y llegándola á sí, la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla; y preguntó á su abuela ¿que qué edad tendria aquella niña? Quince años, respondió la Gitana, dos meses mas ó ménos. Esos tuviera ahora la desdichada de mi Constanza: ¡ay amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura, dixo la corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos de la corregidora, y besándoselas muchas veces, se las bañaba con lágrimas, y le decia: señora mia, el Gitano preso no tiene culpa, porque fué provocado; llamáronle ladron, y no lo es; diéronle un bofeton en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo: por Dios, y por quien vos sois, señora, que le hagais

guardar su justicia, y que el señor corregidor no se dé priesa á executar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mia: él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta agora no nos habemos dado las manos. Si dineros fueren menester para alcanzar perdon de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aún mas de lo que pidieren. Señora mia, si sabeis qué es amor, y algun tiempo le tuvísteis, y agora le teneis á vuestro querido esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mio. En todo el tiempo que esto decia, nunca la dexó las manos, ni apartó los ojos de mirarla atentamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia; y asímismo la corregidora la tenia á ella asida de las suyas, mirándola ni mas ni ménos con no menor ahinco, y con

no ménos lágrimas. Estando en esto entró el corregidor, y hallando á su muger y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso, así de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la corregidora, y asirse de los pies del corregidor, diciéndole: Señor, misericordia, misericordia, porque si mi esposo muere, yo tambien soy muerta, él no tiene culpa; pero si la tiene, déseme á mí la pena: y si esto no puede ser, á lo ménos entreténgase el pleyto en tanto que se procuran y buscan los remedios posibles para su libertad, que podria ser que al que no pecó de malicia, le enviase el cielo la salud de gracia. Con nueva suspension quedó el corregidor de oir las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, sino fuera por no dar indicio de flaqueza, la acompañara en sus lágrimas.

En tanto que esto pasaba, estaba la Gitana vieja considerando muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta

suspension é imaginacion dixo: espéren-me vuesas mercedes, señores mios, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en gusto, aunque á mí me cueste la vida; y así con ligero paso se salió de donde estaba, dexando á los presentes confusos con lo que dicho habia. En tanto pues que ella volvia, nunca dexó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la Gitana con un pequeño cofre debaxo del brazo, y dixo al corregidor, que con su muger y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor creyendo que algunos hurtos de los Gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleyto del preso, al momento se retiró con ella y con su muger en su recámara, adonde la Gitana, hincándose de rodillas ante los dos, dixo: si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdon

de un grande pecado mio, aquí estoy para recibir el castigo que mereciere; pero ántes que le confiese, quiero que me digais, señores, si conoceis estas joyas, y descubriendo el cofrecito donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole vió aquellos dixes pueriles, pero no cayó en lo que podian significar. Mirólos tambien la corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; solo dixo: estos son adornos de alguna pequeña criatura. Así es verdad, respondió la Gitana, y de qué criatura sean lo dice este escrito que está en ese papel doblado. Abrióle con gran priesa el corregidor, y leyó, que decia de esta suerte: *Llamábase la niña Doña Constanza de Acevedo y de Meneses; su madre Doña Guiomar de Meneses; y su padre D. Fernando de Acevedo, Caballero del hábito de Calatrava; desparecíla dia de la Ascension del Señor á las ocho de la mañana del año mil quinientos noventa y cinco: traía la niña puestos estos brincos que en este cofre*

están guardados. Apénas hubo oido la corregidora las razones del papel, quando conoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada: acudió el corregidor á ella ántes que á preguntar á la Gitana por su hija; y habiendo vuelto en sí, dixo: muger buena, ántes ángel que Gitana, ¿adónde está el dueño, digo la criatura cuyos eran estos dixes? ¿Adónde, señora? respondió la Gitana, en vuestra casa la teneis: aquella Gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos; es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el dia y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala adonde habia dexado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando: arremetió á ella, y sin decir nada con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenia debaxo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar

blanco con que habia nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se habia dilatado: luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pie de nieve y de marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pie derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la qual quando niña nunca se la habian querido cortar por no darla pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el dia señalado del hurto, la confesion de la Gitana, y el sobresalto y alegría que habian tenido sus padres quando la viéron, con toda verdad confirmáron en el alma de la corregidora ser Preciosa su amada hija: y así cogiéndola en brazos, se volvió con ella adonde el corregidor y la Gitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabia á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y mas viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que la daba de un beso hasta ciento.

Llegó en fin la corregidora cargada

con Preciosa á la presencia de su marido, y pasándola de sus brazos á los del corregidor, le dixo: recibid, señor á vuestra hija Constanza, que esta es sin duda alguna, porque la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y mas que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la viéron. No lo dudo, respondió el corregidor, teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efectos han pasado por la mia que por la vuestra; y mas que tantas particularidades juntas ¿cómo podian suceder si no fuera por milagro? Toda la gente de casa andaba absorta, preguntándose unos á otros, ¿que sería aquello? y todos daban bien léjos del blanco; porque ¿quien habia de imaginar que aquella Gitanilla era hija de sus señores? El corregidor dixo á su muger, á su hija, y á la Gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese: y asímismo dixo á la Gitana vieja que él la perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle la mitad de su alma,

pues la recomponsa de habérsela vuelto mayores albricias merecia, y que solo le pesaba, que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un Gitano, y mas con un ladron homicida. ¡Ay! (dixo á esto Preciosa) señor mio, que ni es Gitano, ni ladron, puesto que es matador; pero fuélo del que le quitó la honra, y no pudo hacer ménos de mostrar quien era, y matarle. ¿Como? ¿que no es Gitano, hija mia? dixo Doña Guiomar. Entónces la Gitana vieja contó brevemente la historia de Andres Caballero, y que era hijo de Don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba Don Juan de Cárcamo, tambien del hábito, cuyos vestidos ella tenia de quando los mudó en los de Gitano. Contó el concierto que entre Preciosa y D. Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobacion para desposarse ó no: puso en su punto la honestidad de entrámbos, y la agradable condicion de D. Juan.

Tanto se admiráron de esto como

del hallazgo de su hija; y mandó el corregidor á la Gitana que fuese por los vestidos de D. Juan: ella lo hizo así, y volvió con otro Gitano que los traxo. En tanto que ella fué y volvió, hiciéron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á quienes respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntándola si tenia alguna aficion á D. Juan, respondió, que no mas de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser Gitano por ella; pero que ya no se extenderia á mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen. Calla, hija Preciosa, dixo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres. Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre como era discreta entendió que suspiraba de enamorada de D. Juan, y dixo á su marido: se-

ñor, siendo tan principal D. Juan de Cárcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa. Y él respondió: ¿aun apénas hoy la habemos hallado, y ya quereis que la perdamos? Dexad que primero la gocemos algun tiempo, que en casándola no será nuestra sino de su marido. Razon teneis, señor, respondió ella; pero dad órden de sacar á D. Juan, que debe de estar en algun calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, sin las humedades y sabandijas inmundas que inquietan á los pobres pacientes que están en él, esperando salga el dia para gozarle, y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen. Sí estará, dixo Preciosa, que á un ladron matador, y sobre todo Gitano, no le habrán dado mejor estancia. Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion, respondió el corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera des-

cubrir, que así conviene á mi oficio; y abrazando á Preciosa, fué luego á la cárcel, y entró en el calabozo donde D. Juan de Cárcamo estaba, y no quiso que nadie entrase con él.

Hallóle con entrámbos pies en un cepo, y con las esposas á las manos, y que aún no le habian quitado el pie de amigo. Era la estancia escura; pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba una luz escasa; y así como le vió, le dixo: ¿cómo está, buena pieza? que así tuviera yo atraillados quantos Gitanos hay en España, para acabar con todos ellos en un dia, como Neron quisiera en otro con toda Roma, sin dar mas de un golpe. Sabed, ladron puntoso, que yo soy el corregidor de esta ciudad, y vengo á saber de mí á vos, ¿si es verdad que es vuestra esposa una Gitanilla que viene con vosotros? Oyendo esto Andres, imaginó que el corregidor se debia de haber enamorado de Preciosa, que los zelos son de cuerpos sutiles, y se entran por otros cuerpos sin romperlos ni di-

vidirlos; pero con todo esto respondió; si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad; porque no es posible que Preciosa diga mentira. ¿Tan verdadera es? (dixo el corregidor) no es poco serlo para ser Gitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es esposa vuestra, pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido que segun es vuestra culpa habeis de morir por ella, y háme pedido que ántes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan grande ladron como vos. Pues hágalo vm., señor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida como parta de ésta con nombre de ser suyo. Mucho la debeis de querer (dixo el corregidor) Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir, no fuera nada. En efecto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso afrentar, yo adoro á esa Gitanica, moriré contento si muero en su

gracia, y tambien sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrámbos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos. Pues esta noche enviaré por vos, dixo el corregidor, y en mi casa os desposareis con Preciosa, y mañana estareis en la horca: con que yo habré cumplido con lo que pide la justicia, y con el deseo de entrámbos. Agradecióselo Andres: y el corregidor volvió á su casa, y dió cuenta á su muger de lo que con D. Juan habia pasado.

En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de como siempre habia creido ser Gitana, y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho mas de lo que de ser Gitana se esperaba. Apretóla su madre que la dixese la verdad, ¿si queria bien á D. Juan? Ella con mucha vergüenza y con los ojos en el suelo la dixo, que por haberse considerado Gitana, y que mejoraba su suerte en casarse con un caba-

lleto de hábito, y tan principal como D. Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados; pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen. Llegó la noche, y siendo casi las diez sacáron á Andres de la cárcel sin las esposas y el pie de amigo; pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñia. Llegó de este modo, sin ser visto de nadie sino de los que le traían, en casa del corregidor, y con silencio y recato le entráron en un aposento donde le dexáron solo: de allí á un rato entró un clérigo, y le dixo que se confesase, porque habia de morir al otro dia. A lo qual respondió Andres: de muy buena gana me confesaré; ¿pero como no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera.

Doña Guiomar que todo esto sabia, dixo á su marido que eran demasiados

los sustos que á D. Juan daba, que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al corregidor, y así entró á llamar al que le confesaba, y díxole, que primero habian de desposar al Gitano con Preciosa, y que despues se confesaria, y que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están mas secas las esperanzas. En efecto Andres salió á una sala donde estaban solamente Doña Guiomar, el corregidor, Preciosa, y otros dos criados de casa; pero quando Preciosa vió á D. Juan ceñido con una cadena, descolorido, y los ojos tiernos, con muestras de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre, la qual abrazándola consigo, le dixo: vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho. Ella que estaba ignorante de aquello, no sabia cómo consolarse: la Gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel

caso. El corregidor dixo: señor teniente-cura, este Gitano y esta Gitana son los que v.m. ha de desposar. Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieran: ¿dónde se han hecho las amonestaciones? ¿adónde está la licencia de mi superior, para que con ella se haga el desposorio? Inadvertencia ha sido mia, respondió el corregidor; pero yo haré que el vicario la dé. Pues hasta que la vea, respondió el teniente-cura, estos señores perdonen: y sin replicar mas palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dexó á todos confusos.

El padre ha hecho muy bien, dixo á esta sazon el corregidor, y podria ser fuese providencia del cielo esta para que el suplicio de Andres se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades: y con todo esto queria sa-

ber de Andres, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso, ya siendo Andres Caballero, ó ya D. Juan de Cárcamo? Así como oyó Andres nombrarse por su nombre, dixo: pues Preciosa no ha querido contenerse en dos límites del silencio, y ha descubierto quien soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo. Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor D. Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y ahora os la doy y entrego en esperanza por la mas rica joya de mi casa, de mi vida, y de mi alma: y estimadla en lo que decis, porque en ella os doy á Doña Constanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la qual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linage.

Atónito quedó Andres, viendo el

amor que le mostraban; y en breves razones Doña Guiomar contó la pérdida de su hija, y su hallazgo, con las certísimas señas que la Gitana vieja había dadó de su hurto; con que acabó D. Juan de quedar atónito y suspenso; pero muy alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa que con lágrimas le pedia las suyas. Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes: el qual sabido por el alcalde, tio del muerto, vió tomados los caminos de su venganza; pues no había de tener lugar el rigor de la justicia para executarla en el yerno del corregidor. Vistióse D. Juan los vestidos de camino que allí había traido la Gitana: volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los Gitanos presos en alegría, pues al otro dia se la diéron en fiado. Recibió el tio del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicié-

ron, porque se baxase de la querella, y perdonase á D. Juan, el qual no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le halláron, ni supiéron de él hasta que desde allí á quatro dias hubo nuevas ciertas que se habia embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena, y ya se habian partido. Dixo el corregidor á D. Juan, que tenia por nueva cierta que su padre D. Francisco de Cárcamo estaba proveido por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperarle, para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. D. Juan dixo que no saldria de lo que él ordenáse; pero que ante todas cosas se habia de desposar con Preciosa. Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese.

Hizo fiesta la ciudad, por ser muy bien quisto el corregidor, con luminarias, toros, y cañas el dia del desposorio. Quedóse la Gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de Pre-

ciosa. Llegáron las nuevas del caso á la corte: supo D. Francisco de Cárcamo ser su hijo el Gitano, y ser Preciosa la Gitanilla que él habia visto; cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que no habia ido á Flándes; y mas porque vió quan bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero, y tan rico como era D. Fernando de Acevedo. Dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte diás ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renováron les gustos, se hiciéron las bodas, se contáron las vidas; y los poetas de aquella ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomáron á su cargo celebrar el extraño caso juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla: y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de Preciosa miéntras los siglos duraren. Olvidábaseme de decir como la enamorada mesonera descubrió

á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andres, y confesó su amor y culpa, á quien no respondió pena alguna, porque con la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza, y resucitó la clemencia.

Llegaron con el Governador, Cornelio, y su padre, y los de Leonisa.

Ximeno inv. y gr.

El Amante Liberal.

¡O lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apénas enxutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuvierades ahora en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntas nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas alivirara nuestro tormento. Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez (aunque no para tan justa defensa, como la en que os derribáron) os podeis ver levantados; mas yo desdichado ¿qué bien podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba ántes de este en que ahora me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin

ventura, y en el cautiverio no la espero.

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y así hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fuéran capaces de entenderle (propia condicion de afligidos, que llevados de sus imaginaciones, hacen y dicen cosas agenas de toda razon y buen discurso). En esto salió de un pabellon ó tienda, de quatro que estaban en aquella campaña puestas, un turco, mancebo de muy buena disposicion y gallardía, y llegándose al cristiano, le dixo: apostaria yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos. Sí traen, respondió Ricardo (que este era el nombre del cautivo); mas ¿que aprovecha, si en ninguna parte adonde voy hallo tregua ni descanso en ellos, ántes me los han acrecentado esta ruinas que desde aquí se descubren? Por las de Nicósia dirás,

dixo el turco. ¿Pues por quales quieres que diga, repitió Ricardo, sino hay otras que á los ojos por aquí se ofrezcan? Bien tendrás que llorar, replicó el turco, si en esas contemplaciones entras: porque los que viéron habrá dos años á esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres; y ahora los ve ó contempla desterrados de ella, ó en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrá dexar de no dolerse de su calamidad y desventura? Pero dexemos estas cosas, pues no llevan remedio, y vengamos á las tuyas, que quiero ver si le tienen: y así te ruego por lo que debes á la buena voluntad que te he mostrado, y por lo que te obliga el ser entrámbos de una misma patria, y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste? que puesto caso que sola la del cautiverio es bastante para entristecer el

corazon mas alegre del mundo, todavía imagino que de mas atras traen la corriente tus desgracias; porque los generosos ánimos como el tuyo no suelen rendirse á las comunes desdichas tanto, que den muestras de extraordinarios sentimientos: y háceme creer esto, el saber yo que no eres tan pobre que te falte para dar quanto pidieren por tu rescate: ni estás en las torres del mar Negro, como cautivo de consideracion que tarde ó nunca alcanza la deseada libertad. Así que no habiéndote quitado la mala suerte las esperanzas de verte libre, y con todo esto verte rendido á dar miserables muestras de tu desventura, no es mucho que imagine, que tu pena procede de otra causa que de la libertad que perdiste, la qual causa te suplico me digas, ofreciéndote quanto puedo y valgo; y quizá para que yo te sirva ha traido la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir de este hábito que aborrezco.

Ya sabes, Ricardo, que es mi amo

el cadí de esta ciudad (que es lo mismo que ser obispo): sabes tambien lo mucho que vale, y lo mucho que con él puedo: juntamente con esto no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado que pareçe que profeso, pues quando mas no pueda, tengo de confesar y publicar á voçes la fe de Jesucristo, de quien me apartó mi poca edad, y ménos entendimiento; puesto que sé que tal confesion me ha de costar la vida, que á trueque de no perder la del alma daré por bien empleado perder la del cuerpo. De todo lo dicho quiero que infieras y que consideres, que te puede ser de algun provecho mi amistad, y que para saber qué remedios ó alivios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes, como ha menester el médico la relacion del enfermo, asegurándote que la depositaré en lo mas escondido del silencio. A todas estas razones estuvo callando Ricardo, y viéndose obligado de ellas y de la necesidad, le respondió con éstas: si así como has

acertado, ó amigo Mahamut (que así se llamaba el turco) en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal, que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá persona que se atreva, no solo á hallarle remedio, pero ni aun alivio: y para que quedes sarisfecho de esta verdad, te la contaré en las ménos razones que pudiere; pero ántes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas, ¿qué es la causa que Azan Baxá mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pabellones ántes de entrar en Nicosia, adonde viene proveido por virey ó por baxá, como los turcos llaman á los vireyes? Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut: y así has de saber que es costumbre entre los turcos, que los que van por vireyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde

su antecesor habitá, hasta que él salga de ella, y dexe hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el baxá nuevo la hace, el antiguo se está en la campaña esperando lo que resultá de sus cargos, los quales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos ni amistades, si ya primero no lo ha hecho. Hecha pues la residencia, se la dan al que dexa el cargo en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la puerta del gran señor, que es como decir en la corte ante el gran consejo del turco: la qual vista por el visir baxá, y por los otros quatro baxaes menores (como si dixésemos ante el presidente del real consejo y oidores), ó le premian ó le castigan segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo. Si no viene culpado, y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que mas se le antoja; porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimien-

tos, sino por dineros: todo se vende, y todo se compra. Los proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan; pero de este oficio comprado sale substancia para comprar otro que mas ganancia promete.

Todo va como digo, todo este imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero á lo que yo creo, y así debe de ser verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros pecados, quiero decir, los de aquellos que descaradamente y á rienda suelta ofenden á Dios como yo hago: él se acuerde de mí por quien es él. Por la causa que he dicho pues, tu amo Azan baxá ha estado en esta campaña quatro dias, y si el de Nicosia no ha salido como debia, ha sido por haber estado muy malo; pero ya está mejor, y saldrá hoy ó mañana sin duda alguna, y se ha de alojar en unas tiendas que estan detras de este recuesto que tú no has visto, y tu amo entrará luego en la ciudad: y esto es lo que hay que saber de lo que me preguntaste. Escucha pues, di-

xo Ricardo, mas no sé si podré cumplir lo que ántes dixe, que en breves razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga y desmedida, que no se puede medir con razon alguna; con todo eso haré lo que pudiere, y lo que el tiempo diere lugar. Y así te pregunto primero, ¿si conoces en nuestro lugar de Trápana una doncella, á quien la fama daba nombre de la mas hermosa muger que habia en toda Sicilia? ¿Una doncella digo, por quien decian todas las curiosas lenguas, y afirmaban los mas raros entendimientos, que era la de mas perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente, y espera tener la que está por venir? ¿Una de quien los poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mexillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro, y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hacia una maravillosa y concertada armonía y consonancia, esparcien-

do naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamas pudo la envidia hallar cosa en que ponerla tacha? ¿Que es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quién es, y cómo se llama? Sin duda creo, ó que no me oyes, ó que quando en Trápana estabas, carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura, no es Leonisa, la hija de Rodulfo Florencio, no sé quién sea, que esta sola tenia la fama que dices.

Esa es, ó Mahamut, dixo Ricardo, esa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura: esa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman y derramarán lágrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el ayre cerca y léjos, y la por quien mis razones cansan al cielo que las escucha, y á los oidos que las oyen: esa es por quien tú me has juzgado por loco, ó por lo ménos

por de poco valor y ménos ánimo. Esta Leonisa, para mí leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado; porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo ménos desde que tuve uso de razon, no solo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como si no tuviera en la tierra otra deidad á quien sirviese ni adorase. Sabian sus deudos y sus padres mis deseos, y jamas diéron muestras de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso, y así muchas veces sé yo que se lo dixéron á Leonisa, para disponerla la voluntad á que por su esposo me recibiese; mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rótulo, que tú bien conoces (mancebo galan, atildado, de blancas manos, y rizos cabellos, de voz melíflua, y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados), no quiso ponerlos en mi rostro, no tan delicado co-

mo el de Cornelio, ni quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme: y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos; con que no diera descubiertos aunque honestos favores á Cornelio. Mira pues, llegándose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y mas cruel rabia de los zelos, qual estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida. Disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo (como estaba en razon que creyesen) que atraido el mozo de su incomparable y bellísima hermosura, la escogeria por su esposa, y en ello grangearian yerno mas rico que conmigo: y bien pudiera ser, si así fuera; pero no le alcanzarán (sin arrogancia sea dicho) de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio.

Sucedió pues que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de Mayo, que éste de hoy hace un año, Leonisa y sus padres, y Cornelio y los suyos se iban todos á solazar con toda su parentela y criados al jardin de Ascanio, que está muy cerca de la marina en el camino de las Salinas. Bien lo sé, dixo Mahamut; pasa adelante, Ricardo, que mas de quatro dias tuve en él, quando Dios quiso, mas de quatro buenos ratos. Súpelo (continuó Ricardo), y al mismo instante que lo supe me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de zelos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos, como lo verás por lo que luego hice, que fué irme al jardin donde me dixéron que estaban, y hallé á la mas de la gente solazándose, y debaxo de un nogal sentados á Cornelio y á Leonisa, aunque desviados un poco.

Qual ellos quedáron con mi vista no lo sé, de mí sé decir que quedé tal con la suya, que perdí la de mis ojos,

y me quedé como estátua sin voz, ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la cólera, y la cólera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos, y la lengua: puesto que las manos se atáron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones: contenta estarás, ó enemiga mortal de mi descanso, en tener con tanto sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpetuo y doloroso llanto. Llégate, llégate cruel un poco mas, y enrede tu hiedra á ese inútil tronco que te busca. Peyna ó ensortija aquesos cabellos de ese tu nuevo Ganimedes que tibiamente te solacea. Acaba ya de entregarte á los banderizos años de ese mozo en quien estás contemplando; porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida que aborrezco. ¿Piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo sola se han de rom-

per y faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan? ¿Piensas (quiero decir) que ese mozo altivo por su riqueza, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linage, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia: en los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen, la necedad que es madre de todo mal suceso. Y tú, ó mozo, que tan á tu salvo piensas llevar el premio mas debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, ¿por que no te levantas de ese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma que

tanto la tuya aborrece? Y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede; y veese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afectada compostura de tu gallardo vestido: si esa tu reposada condicion tuviera Aquíles, bien seguro estuviera Ulíses de no salir con su empresa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanges.

Vete, vete, y recréate entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos, y de tus manos, mas dispuestas á devanar sirgo, que á empuñar la dura espada. A todas estas razones jamas se levantó Cornelio del lugar donde le hallé sentado; ántes se estuvo quedo, mirándome como embelesado sin moverse. A las levantadas voces con que le dixe lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusiéron á escuchar otros muchos oprobios que á

Cornelio dixe, el qual tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados ó allegados, dió muestras de levantarse; mas ántes que se pusiese en pie puse mano á mi espada, y acometíle no solo á él, sino á todos quantos allí estaban. Pero apénas vió Leonisa relucir mi espada, quando la tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor corage y mayor despecho: y no te sabré decir si los muchos que me acometiéron atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fué mi buena suerte y diligencia, ó el cielo que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fué tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapó de mis manos.

Estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un re-

medio, que fuera mejor haber dexado allí la vida, que no restaurándola por tan no pensado camino, venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fué que de improviso diéron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeras de cosarios de Viserta, que en una cala que allí cerca estaba habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores ó atajadores de la costa. Quando mis contrarios los viéron, dexándome solo, con presta celeridad se pusiéron en cobro: de quantos en el jardin estaban, no pudiéron los turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa, que aún estaba desmayada: á mí me cogiéron con quatro disformes heridas, vengadas ántes por mi mano con quatro turcos que de otras quatro dexé sin vida tendidos en el suelo.

Este asalto hiciéron los turcos con su acostumbrada diligencia, y no muy contentos del suceso por ser tan á costa suya, se fuéron á embarcar, y luego

se hiciéron á la vela, y en breve tiempo se pusiéron en la Fabiana. Allí hiciéron reseña por ver qué gente era la que les faltaba, y hallando que los muertos eran quatro soldados de aquellos que ellos llaman levantes, y de los mejores y mas estimados que traían, quisiéron tomar en mí la venganza, y así mandó el arraez de la capitana baxar la entena para ahorcarme. Todo esto miraba Leonisa, que ya había vuelto en sí, y viéndose en poder de los cosarios, derramaba abundancia de hermosas lágrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra, estaba atenta á ver si entendia lo que los turcos decian; mas uno de los cristianos del remo le dixo en italiano como el arraez mandaba ahorcar aquel cristiano, señalándome á mí, porque había muerto en su defensa quatro de los mejores soldados de las galeotas. Lo qual oido por Leonisa (la vez primera que se mostró para mí piadosa), dixo al cautivo que dixese á los turcos que no me ahorcasen, porque perderian un

gran rescate, y que les rogaba volviesen á Trápana, que luego me rescatarian: esta digo fué la primera, y aun será la última caridad que usó conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio.

Oyendo pues los turcos lo que el cautivo les decia, le creyéron, y mudóles el interes la cólera. Otro dia por la mañana alzando bandera de paz, volviéron á Trápana: aquella noche la pasé con el dolor que imaginarse puede, no tanto por el que mis heridas me causaban, quanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos bárbaros estaba. Llegados pues como digo á la ciudad, entró en el puerto la una galeota, y la otra se quedó fuera; coronóse luego todo el pueblo y la ribera toda de cristianos; y el lindo de Cornelio desde léjos estaba mirando lo que en la galeota pasaba. Acudió luego un mayordomo mio á tratar de mi rescate, al qual dixe que en ninguna manera tratase de mi libertad sino de la de Leo-

nisa, y que diese por ella todo quanto valia mi hacienda; y mas le ordené que volviese á tierra, y dixese á los padres de Leonisa que le dexasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella.

Hecho esto, el arraez principal, que era un renegado griego llamado Izuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí quatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro. Pidió esta gran suma, segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla, sino darle al arraez de la otra galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de quatro mil escudos, y mil en dinero, que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil: y esta fué la causa por que nos apreció á los dos en diez mil escudos.

Los padres de Leonisa no ofrecieron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi mayordomo les habia hecho: ni Cornelio movió los

labios en este negocio; y así despues de muchas demandas y respuestas concluyó mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mí tres mil escudos. Aceptó Izuf este partido, forzado de las persuasiones de su compañero, y de lo que todos sus soldados le decian; mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidió tres dias de término para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hacienda hasta cumplir el rescate. Holgóse de esto Izuf, pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto no pasáse adelante; y volviéndose á la isla de Fabiana, dixo que llegado el término de los tres dias volveria por el dinero. Pero la ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, ordenó que estando de lo mas alto de la isla puesta á la guarda una centinela de los turcos, bien dentro á la mar descubrió seis velas latinas, y entendió (como fué verdad) que debian ser, ó la esquadra de Malta, ó alguna de las de Sicilia: baxó corriendo á dar la nue-

va, y en un pensamiento se embarcáron los turcos que estaban en tierra; qual guisando de comer, qual lavando su ropa; y zarpando con no vista presteza, diéron al agua los remos, y al viento las velas, y puestas las proas en Berbería, en ménos de dos horas perdiéron de vista las galeras: y así cubiertos con la isla, y con la noche que venia cerca, se asegurárón del miedo que habian cobrado. A tu buena consideracion dexo, ó Mahamut amigo, que consideres quál iría mi ánimo en aquel viage tan contrario del que yo esperaba: y mas quando otro dia, habiendo llegado las dos galeotas á la isla de Pantanalea por la parte del mediodia, los turcos saltáron en tierra á hacer leña y carne, como ellos dicen; y mas quando vi que los arráeces saltáron en tierra, y se pusiéron á hacer las partes de todas las presas que habian hecho: cada accion de éstas fué para mí una dilatada muerte.

Viniendo pues á la particion mia y de Leonisa, Izuf dió á Fetalia (que

así se llamaba el arraez de la otra galeota) seis cristianos, los quatro para el remo, y dos muchachos hermosísimos de nacion corzos, y á mí con ellos, por quedarse con Leónisa: de lo qual se contentó Fetalia; y aunque estuve presente á todo esto, nunca pude entender lo que decian, aunque sabía lo que hacian, ni entendiera por entónces el modo de la particion, si Fetalia no se llegara á mí, y me dixera en italiano: cristiano, ya eres mio, en dos mil escudos de oro me han dado, si quieres libertad, has de dar quatro mil, sino acá morir. Pregunté si era tambien suya la cristiana? Dixome que no, sino que Izuf se quedaba con ella con intencion de volverla mora, y casarse con ella: y así era á la verdad, porque me lo dixo uno de los cautivos del remo que entendia bien el turquesco, y se lo habia oido tratar á Izuf y á Fetalia. Díxele á mi amo que hiciese de modo que se quedase con la cristiana, y que le daria por su rescate solo diez mil escudos de oro en oro.

Respondióme no ser posible; pero que haria que Izuf supiese la gran suma que le ofrecia por la cristiana, que quizá llevado del interes, mudaria de intencion, y la rescataria. Hízolo así, y mandó que todos los de su galeota se embarcasen luego, porque se queria ir á Tripol de Berbería, de donde él era. Izuf asímismo determinó irse á Viserta: y así se embarcáron con la misma priesa que suelen quando descubren ó galeras de quien temer, ó baxeles á quien robar: movióles á darse priesa, por parecerles que el tiempo mudaba con muestras de borrasca.

Estaba Leonisa enferma, pero no en parte que yo la pudiese ver, sino fué que al tiempo de embarcarnos llegamos juntos á la marina. Llevábala de la mano su nuevo amo y, su mas nuevo amante, y al entrar por la escala que estaba puesta desde tierra á la galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mios que no se quitaban de ella, la miráron con tan tierno sentimiento y dolor, que sin saber cómo se me puso una

nube ante ellos que me quitó la vista, y sin ella y sin sentido alguno di conmigo en el suelo: lo mismo me dixéron despues que habia sucedido á Leonisa, porque la viéron caer de la escala á la mar, y que Izuf se habia echado tras de ella, y la sacó en brazos. Esto me contáron dentro de la galeota de mi amo, donde me habian puesto sin que yo lo sintiese; mas quando volví de mi desmayo, y me ví solo en la galeota, y que la otra tomando otra derrota, se apartaba de nosotros, llevándose consigo la mitad de mi alma, ó por mejor decir toda ella, cubrióseme el corazon de nuevo, y de nuevo maldixe mi ventura, y llamé la muerte á voces, y eran tales los sentimientos que hacia, que mi amo enfadado de oirme, con un grueso palo me amenazó que si no callaba me maltrataria. Reprimí las lágrimas, recogí los suspiros, creyendo que con la fuerza que les hacia reventarian por parte que abriesen puerta al alma, que tanto deseaba desamparar este miserable cuer-

po; mas la suerte, aun no contenta de haberme puesto en tan encogido estrecho, ordenó de acabar con todo, quitándome las esperanzas de todo mi remedio, y fué que en un instante se declaró la borrasca que ya se temia, y el viento que de la parte de mediodia soplaba, y nos embestia por la proa, comenzó á reforzar con tanto brio, que fué forzoso volverle la popa, y dexar correr el baxel por donde el viento queria llevarle.

Llevaba designio el arraez de despuntar la isla, y tomar abrigo en ella por la banda del norte; mas sucedióle al reves su pensamiento, porque el viento cargó con tanta furia, que todo lo que hasta allí habíamos navegado, que fuéron dos dias continuos con sus noches, en poco mas de catorce horas nos vimos á seis millas ó siete de la propia isla de donde habíamos partido, y sin remedio alguno íbamos á embestir en ella, y no en alguna playa, sino en unas muy levantadas peñas que á la vista se nos ofrecian, amenazando in-

evitable muerte á nuestras vidas. Vimos á nuestro lado la galeota de nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y á todos sus turcos, y cautivos remeros haciendo fuerza con los remos para entretenerse, y no dar en las peñas: lo mismo hiciéron los de la nuestra con mas ventaja y esfuerzo, á lo que pareció, que los de la otra, los quales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento y de la tormenta, soltando los remos, se abandonáron y se dexáron ir á vista de nuestros ojos á embestir en las peñas, donde dió la galeota tan grande y terrible golpe, que toda se hizo pedazos.

Comenzaba á cerrar la noche, y fué tamaña la grita de los que se perdian, y el sobresalto de los que en nuestro baxel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro arraez mandaba se entendia ni se hacia; solo se atendia á no dexar los remos de las manos, tomando por remedio volver la proa al viento, y echar dos áncoras á la mar para entretener con esto algun

tiempo la muerte que por cierta tenian: y aunque el miedo de morir era general en todos, en mí era todo al contrario, porque con la esperanza engañosa de ver en el otro mundo á la que habia tan poco que de éste se habia partido, cada punto que la galeota tardaba en anegarse ó en embestir en las peñas, era para mí un siglo de mas penosa muerte. Las levantadas olas que por encima del baxel y de mi cabeza pasaban, me hacian estar atento á ver si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa. No quiero detenerme ahora, ó Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, por no ir contra lo que primero propuse de contarte brevemente mi desventura; basta decirte que fuéron tantos y tales, que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en quitarme la vida.

Vino el dia con muestras de mayor tormenta que la pasada, y halla-

mos que el baxel habia virado un gran trecho, habiéndose desviado de las peñas un buen espacio, y llegádose á una punta de la isla; y viéndose tan á pique de doblarla turcos y cristianos, con nueva esperanza y fuerzas nuevas al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos mas blando el mar y mas sosegado, de modo que mas fácilmente nos aprovechamos de los remos, y abrigados con la isla tuviéron lugar los turcos de saltar en tierra para ir á ver si habia quedado alguna reliquia de aquella galeota que la noche ántes dió en las peñas; mas aún no quiso el cielo concederme el alivio que esperaba tener, de ver en mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto y despedazado holgara de verle por romper aquel imposible que mi estrella me puso, de juntarme con él, como mis buenos deseos merecian: y así rogué á un renegado que queria desembarcarse, que le buscase, y viese si la mar lo habia arrojado á la orilla. Pero como ya he dicho, todo esto me negó

el riebo; pues al mismo instante tornó á embravecerse el viento de manera que el amparo de la isla no fué de algun provecho.

Viendo esto Fetalia, no quiso contrastar contra la fortuna que tanto le perseguia; y así mandó poner el trinquete al árbol, y hacer un poco de vela, volvió la proa á la mar, y la popa al viento, y tomando él mismo el cargo del timon, se dexó correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento le estorbária su camino. Iban los rémos igualados en la cruxía, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriese otra persona que la del cómitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al estanterol. Volaba el baxel con tanta ligereza, que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trápana, de Melazo, y de Palermo, embocó por el Faro de Mecina con maravilloso espanto de los que iban dentro, y de aquellos que desde la tierra los miraban. En fin por no ser

tan prolixo en contar la tormenta como ella lo fué en su porfia, digo que cansados, hambrientos, y fatigados con tan largo rodeo, como fué boxar casi toda la isla de Sicilia, llegamos á Trípol de Berbería, adonde á mi amo (ántes de haber hecho con sus levantes la cuenta del despojo, y dádoles lo que les tocaba, y su quinto al rey como es costumbre) le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el infierno.

Púsose luego el rey de Tripol en toda su hacienda, y el alcayde de los muertos que allí tiene el gran turco (que como sabes, es heredero de los que no le dexan en su muerte) estos dos tomáron toda la hacienda de Fetalia mi amo, y yo cupe á este que entónces era virey de Tripol; y de allí á quince dias le vino la patente de virey de Chipre, con el qual he venido hasta aquí sin intento de rescatarme; y aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre principal, como se lo dixéron los soldados de

Fetalia, jamas he acudido á ello, ántes le he dicho que le engañáron los que le dixéron grandezas de mi posibilidad. Y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi pensamiento, has de saber que no quiero volver á parte donde por alguna via pueda tener cosa que me consuele, y quiero que juntándose á la vida del cautiverio los pensamientos y memorias que jamas me dexan de la muerte de Leonisa, vengan á ser parte para que yo no la tenga jamas de gusto alguno: y si es verdad que los continuos dolores forzosamente se han de acabar, ó acabar á quien los padece, los mios no podrán dexar de hacerlo, porque pienso darles rienda de manera que en pocos dias den alcance á la miserable vida que tan contrá mi voluntad sostengo.

Este es, ó Mahamut hermano, el triste suceso mio, esta es la causa de mis suspiros y de mis lágimas: mira tú ahora y considera si es bastante para sacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la sequedad de

mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella mi esperanza, que puesto que la que temia, viviendo ella, se sustentaba de un delgado cabello, todavía, todavía::: y en este todavía se le pegó la lengua al paladar de manera, que no pudo hablar mas palabra, ni detener las lágrimas que (como suele decirse) hilo á hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia que llegáron á humedecer el suelo. Acompañóle en ellas Mahamut; pero pasándose aquel parasismo causado de la memoria renovada en el amargo cuento, quiso Mahamut consolar á Ricardo con las mejores razones que supo; mas él se las atajó, diciéndole: lo que has de hacer, amigo, es aconsejarme qué haré yo para caer en desgracia de mi amo, y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siendo aborrecido de él y de ellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte, que añadiendo dolor á dolor, y pena á pena, alcance con brevedad lo que tanto deseo, que es acabar la vida.

Ahora he hallado ser verdad (dixo Mahamut) lo que suele decirse, que lo que se sabe sentir se sabe decir, puesto que algunas veces el sentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello sea, amigo Ricardo (ora llegue tu dolor á tus palabras, ora ellas se le aventajen) siempre has de hallar en mí un verdadero amigo, ó para ayuda, ó para consejo, que aunque mis pocos años, y el desatino que he hecho en vestirme este hábito, estan dando voces que de ninguna de estas dos cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar alguna, yo procuraré que no salga verdadera esta sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opinion: y puesto que tú no quieras ni ser aconsejado ni favorecido, no por eso dexaré de hacer lo que te conviniere, como suele hacerse con el enfermo que pide lo que no le dan, y le dan lo que le conviene. No hay en toda esta ciudad quien pueda, ni valga mas que el cadí mi amo, ni aun el tuyo que viene por visorey de ella, ha de poder tanto: y siendo esto así, es-

mo lo es, yo puedo decir que soy el que mas puede en la ciudad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero. Digo esto, porque podria ser dar traza con él para que vinieses á ser suyo, y estando en mi compañía, el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer, á tí para consolarte si quisieres ó pudieres tener consuelo, y á mí para salir de esta á mejor vida, ó á lo ménos á parte donde la tenga mas segura quando la dexe. Yo te agradezco, Mahamut, respondió Ricardo, la amistad que me ofreces, aunque estoy cierto que con quanto hicieres no has de poder cosa que en mi provecho resulte; pero dexemos ahora esto, y vamos á las tiendas, porque á lo que veo, sale de la ciudad mucha gente, y sin duda es el antiguo virey que sale á estarse en la campaña por dar lugar á mi amo á que entre en la ciudad á hacer la residencia. Así es, dixo Mahamut; ven pues, Ricardo, y verás las ceremonias con que se reciben, que sé que gustarás de verlas. Vamos en buen

hora, dixo Ricardo, quizá te habré menester, si acaso el guardian de los cautivos de mi amo me ha echado ménos, que es un renegado corzo de nacion, y de no piadosas entrañas. Con esto dexáron la plática, y llegáron á las tiendas á tiempo que llegaba el antiguo baxá, y el nuevo le salia á recibir á la puerta de la tienda.

Venia acompañado Alí baxá (que así se llamaba el que dexaba el gobierno) de todos los génizaros, que de ordinario están de presidio en Nicosía despues que los turcos la ganáron, que serían hasta quinientos. Venian en dos alas ó hileras, los unos con escopetas, y los otros con alfanges desnudos: llegáron á la puerta del nuevo baxá Azam, la rodeáron todos, y Alí baxá, inclinando el cuerpo, hizo reverencia á Azam, y él con ménos inclinacion le saludó. Luego se entró Alí en el pabellon de Azam, y los turcos le subiéron sobre un poderoso caballo ricamente adereçado, y trayéndole á la redonda de las tiendas y por todo en

buen espacio de la campaña, daban voces y gritos diciendo en su lengua: viva, viva Solimán sultan, y Azam baxá en su nombre: repitiéron esto muchas veces, reforzando las voces y los alaridos, y luego le volviéron á la tienda donde habia quedado Alí baxá, el qual con el cadí y Azam se encerrárron en ella por espacio de una hora solos. Dixo Mahamut á Ricardo, que se habian enterado á tratar de lo que convenia hacer en la ciudad acerca de las obras que Alí dexaba comenzadas. De allí á poco tiempo salió el cadí á la puerta de la tienda, y dixo á voces en lengua turquesca, arábiga, y griega, que todos los que quisieran entrar á pedir justicia, ú otra cosa contra Alí baxá, podrian entrar libremente, que allí estaba Azam baxá, á quien el gran señor enviaba por virey de Chipre, que les guardaria toda razon y justicia.

Con esta licencia los génizaros dexáron desocupada la puerta de la tienda, y diéron lugar á que entrasen

los que quisiesen. Mahamut hizo que entrase con él Ricardo, que por ser esclavo de Azam no se le impidió la entrada. Entráron á pedir justicia, así griegos cristianos como algunos turcos, y todos de cosa de tan poca importancia, que las mas despachó el cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas, ni respuestas; que todas las causas (sino son las matrimoniales) se despachan en pie, y en un punto, mas á juicio de buen varon, que por ley alguna: y entre aquellos bárbaros (si lo son en esto) el cadí és el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal. En esto entró un chauz (que es como alguacil) y dixo que estaba á la puerta de la tienda un judío que traía á vender una hermosísima cristiana: mandó el cadí que le hiciese entrar: salió el chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venerable judío que traía de la mano á una muger vestida en hábito

berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no lo pudiera estar tan bien la mas rica mora de Fez ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas.

Venia cubierto el rostro con un tafetan carmesí; por las gargantas de los pies que se descubrian, parecian dos carnaxes (que así se llaman las manillas en arábigo) al parecer de puro oro; y en los brazos que asímismo por una camisa de cendal delgado se descubrian y traslucian, traía otros carcaxes de oro, sembrados de muchas perlas: en resolucion, en quanto al trage, ella venia rica y gallardamente aderezada. Admirados de esta primera vista el cadí, y los demás baxaes, ántes que otra cosa dixesen ni preguntasen, mandáron al judío que hiciese que se quitase la cristiana el antifaz: hízolo así, y descubrió un rostro que así deslumbró los ojos, y alegró los corazones de los circunstantes, como el sol que por entre

cerradas nubes despues de mucha escuridad se ofrece á los ojos de los que le desean. Tal era la belleza de la cautiva cristiana, y tal su brio y gallardía; pero en quien con mas efecto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fué en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel y amada Leonisa, que tantas veces y con tantas lágrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta.

Quedó á la improvisa vista de la sin igual belleza de la cristiana traspasado el corazon de Alí, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Azam; sin quedarse exênto de la amorosa llaga el del cadí, que mas suspenso que todos no quitaba los ojos de los de Leonisa. Y para encarecer las podersosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en los corazones de los tres una, á su parecer, firme esperanza de alcanzarla: y así, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni el quándo habia venido á

poder del judío, le preguntáron el precio que por ella queria. El judío respondió que quatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos. Apénas hubo declarado el precio, quando Ali baxá dixo que él los daba por ella, y que fuese luego á contar el dinero á su tienda: empero Azam baxá, que estaba de parecer de no dexarla, aunque aventurase en ello la vida, dixo: yo asímismo doy por ella las quatro mil doblas que el judío pide, y no las dierá; ni me pusiera á ser contrario de lo que Ali ha dicho, si no me forzara lo que él mismo dirá, que es razon que me obligue y fuerce, y es que esta gentil esclava no pertenece para nosotros, sino para el gran señor solamente; y así digo que en su nombre la compro: veamos ahora quién será el atrevido que me la quite. Yo seré, replicó Ali, porque para el mismo efecto la pretendo comprar de este judío: y eso me está á mí mas á cuenta hacer al gran señor este presente por la comodidad de llevarla luego á Cons-

tantinopla, grangeando con él la voluntad del gran señor, que como hombre que quedo (Azam como tú ves) sin cargo alguno, he menester buscar medios de tenerle, de lo que tú estás seguro por tres años, pues hoy comienzas á mandar y á gobernar este riquísimo reyno de Chipre: así que por estas razones, y por haber sido yo el primero que ofrecí el precio por la cautiva, está puesto en razon, ó Azam, que me la dexes. Tanto mas es de agradecerme á mí, respondió Azam, el procurarla y enviarla al gran señor, quanto lo hago sin moverme á ello interes alguno; y en lo de la comodidad de llevarla, una galeota armaré con sola mi chusma y mis esclavos, que la lleve.

Azoróse con estas razones Ali, y levantándose en pie, empuñó el alfange, diciendo: siendo, ó Azam, nuestros intentos unos, que es presentar y llevar esta cristiana al gran señor, y habiendo sido yo el comprador primero, está puesto en razon y en justicia

que me la dexes á mí; y quando otra cosa pensares, este alfange que empuño defenderá mi derecho, y castigará tu atrevimiento. El cadí que á todo estaba atento, y que no ménos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la cristiana, imaginó cómo podria atajar el gran fuego que se habia encendido, y juntamente quedarse con la cautiva sin dar alguna sospecha de su dañada intencion; y así levantándose en pie, se puso entre los dos, que ya tambien lo estaban, y dixo: sosiégate, Azam, y tú, Ali, estáte quedo, que yo estoy aquí que sabré y podré componer vuestras diferencias, de manera que los dos consigais vuestros intentos, y el gran señor, como deseais, sea servido, y quede juntamente agradecido y obligado á ámbos. A las palabras del cadí obedeciéron luego, y aun si otra cosa mas dificultosa les mandara, hicieran lo mismo (tanto es el respeto que tienen á sus canas los de aquella dañada secta); prosiguió pues el cadí diciendo: tú dices, Ali, que quieres esta cristia-

na para el gran señor; y Azam dice lo mismo: tú alegas que por ser el primero en ofrecer el precio, ha de ser tuya; y Azam te lo contradice, y aunque él no sabe fundar su razon, yo hallo que tiene la misma que tú tienes, y es la intencion que sin duda debió de nacer á un tiempo mismo que la tuya, en querer comprar la esclava para el mismo efecto; solo le llevaste tú la ventaja en haberte declarado primero, y esto no ha de ser parte para que de todo en todo quede defraudado de su buen deseo, y así me parece será bien concertaros en esta forma: que la esclava sea de entrámbos; y pues el uso de ella ha de quedar á la voluntad del gran señor para quien se compró, á él toca disponer de ella; y en tanto pagarás tú, Azam, dos mil doblas, y Ali otras dos mil, y quédese la cautiva en poder mio para que en nombre de entrámbos yo la envie á Constantinopla, porque no quede sin algun premio, siquiera por habernos hallado presente: y así me ofrezco de

enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envia, escribiendo al gran señor todo lo que aquí ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio.

No supiéron, ni pudiéron, ni quisiéron contradecirle los dos enamorados turcos; y aunque viéron que por aquel camino no conseguia su deseo, hubiéron de pasar por el parecer del cadí, formando y criando cada uno allá en su ánimo una esperanza que, aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Azam, que se quedaba por virey en Chipre, pensaba dar tantas dádivas al cadí, que vencido y obligado le diese la cautiva. Ali imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada qual su designio, viniéron con facilidad en lo que el cadí quiso; y de consentimiento y voluntad de los dos se la entregáron luego, y luego pagáron al judío cada uno dos mil doblas. Dixo el judío que no la habia de dar con los vestidos que

tenia, porque valian otras dos mil doblas; y así era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados y enlazados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos: las manillas de los pies y manos asímismo venian llenas de gruesas perlas: el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro: en fin les pareció á todos que el judío anduvo córto en el precio que pidió por el vestido, y el cadí, por no mostrarse ménos liberal que los dos baxaes, dixo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al gran señor la cristiana: tuviéronlo por bien los dos competidores, creyendo cada uno que todo habia de venir á su poder.

Falta ahora por decir lo que sintió Ricardo de ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le viniéron, y los temores que le sobresaltáron, viendo que el

haber hallado á su querida prenda; era para mas perderla: no sabia darse á entender si estaba dormido ó despierto, no dando crédito á sus ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante de ellos á la que pensaba que para siempre los habia cerrado. Llegóse en esto á su amigo Mahamut, y díxole: ¿no la conoces, amigo? No la conozco, dixo Mahamut. Pues has de saber, replicó Ricardo, que es Leonisa. ¿Que es lo que dices, Ricardo? dixo Mahamut. Lo que has oido, dixo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dixo Mahamut; que la ventura va ordenando que la tengas buena y próspera, porque ella va á poder de mi amo. ¿Parécete, dixo Ricardo, que será bien ponerme en parte donde pueda ser visto? No, dixo Mahamut, porque no la sobresaltes, ni des á entender que la has visto, que podria ser que redundase en perjuicio de mi designio.

Seguiré tu parecer, respondió Ricardo; y así anduvo huyendo de que

sus ojos se encontrasen con los de Leonisa, la qual tenia los suyos, en tanto que esto pasaba entre Mahamut y Ricardo, clavados en el suelo, y derramando algunas lágrimas. Allegóse en este tiempo el cadí á ella, y asiéndola de la mano, se la entregó á Mahamut, mandando que la llevase á la ciudad, y se la entregase á su señora Halima, y le dixese la tratase como á esclava del gran señor. Hízolo así Mahamut, y dexó solo á Ricardo, que con los ojos fué siguiendo á su estrella hasta que se le encubrió con los muros de Nicosia.

Llegóse al judío y preguntóle ¿que adónde habia comprado, ó en qué modo habia venido á su poder aquella cautiva cristiana? El judío le respondió que en la isla de Pantanalea la habia comprado á unos turcos que allí habian dado al través. Y queriendo proseguir adelante, lo estorbó el venirle á llamar de parte de los baxaes que querian preguntarle lo mismo que Ricardo tanto deseaba saber, y con tan-

ta diligencia procuraba; y con esto se despidió de él. En el largo trecho de camino que habia desde las tiendas á la ciudad, y en el espacio con que fué gozando de la sin par hermosura y gracia de Leonisa, tuvo lugar Mahamut de preguntarla en lengua italiana, que de qué lugar era. La qual le respondió que de la ilustre ciudad de Trápana, de padres nobles y ricos, aunque ella por sí en todo mal afortunada. Preguntóla asímismo Mahamut, si conocia en aquella ciudad á un caballero rico y noble por su persona y partes, dotado de no ménos riqueza, que se llamaba Ricardo. Oyendo lo qual Leonisa, dió un gran suspiro, salido de lo íntimo del corazon, y dixo: sí conozco por mi mal y desgraciada suerte. ¿Como por vuestro mal? dixo Mahamut. Porque él me conoció á mí por el suyo, y por mi desventura, respondió Leonisa. Y por ventura, preguntó Mahamut, ¿conocísteis tambien en la misma ciudad á otro caballero de gentil disposicion, hijo de padres muy ri-

cos, y él por su persona muy valiente, muy liberal y muy discreto, que se llamaba Cornelio? Tambien le conozco, respondió Leonisa, y podré decir mas por mi mal que no á Ricardo; mas ¿quién sois vos, señor, que los conoceis, y por ellos me preguntais? que sin duda el cielo condolido de quantos trabajos y fortunas hasta aquí he pasado, me ha echado á parte donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos.

Soy, dixo Mahamut, natural de la ciudad de Palermo, que por varios accidentes estoy en este trage y vestido diferente del que yo solia traer, y mi alma profesa, aunque disimulada y encubiertamente: y conózcolos, porque no ha muchos dias que estuviéron en mi poder, que á Cornelio le cautivá-ron unos moros de Tripol de Berbería, y le vendiéron á un turco que le traxo á esta isla, donde vino con mercancías, porque es mercader de Rodas, el qual tenia tanta satisfaccion y crédito de la verdad de Cornelio, y esta-

ba tan confiado de su persona, que le fiaba toda su hacienda. Bien se la sabrá guardar, dixo Leonisa, porque sabe muy bien guardar la suya; pero decidme, señor, ¿como ó con quién vino Ricardo á esta isla? Vino, respondió Mahamut, con un cosario que le cautivó estando en un jardin de la marina de Trápana, y con él dixo que habian cautivado á una doncella, que nunca me quiso decir su nombre, aunque muchas veces me alabó su hermosura. Estuvo aquí algunos dias con su amo, que iba á visitar el sepulcho de Mahoma (que está en la ciudad de Almedina), y al tiempo de la partida cayó Ricardo tan enfermo é indispuesto, que su amo me lo dexó por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo de él hasta su vuelta; ó que si por aquí no volviese, se le enviase á Constantinopla, que él me avisaria quando allá estuviese. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, pues al sin ventura Ricardo sin tener accidente alguno en pocos dias se le acabáron los de su vida

siempre llamando entre sí á una Leonisa, á quien él me habia dicho que queria mas que á su vida, y á su alma: la qual Leonisa me dixo, que en una galeota que habia dado al través en la isla de Pantanalea se habia ahogado, cuya muerte siempre lloraba y siempre plañía hasta que le traxo á término de perder la vida, que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma.

Decidme, señor, replicó Leonisa, ese mozo que decís ¿en las pláticas que trató con vos (que como de una patria debiéron ser muchas) nombró alguna vez á esa Leonisa? ¿contó el modo con que á ella y á Ricardo cautivaron? Sí nombró, dixo Mahamut, y me preguntó si habia aportado por esta isla una cristiana de ese nombre, de tales y tales señas, á la qual holgaría de hallar para rescatarla, si es que su amo se habia ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podia ser que por haberla gozado la tuviese en ménos; que como no pasasen

de trecientos ó quatrocientos escudos, él los daria de muy buena gana por ella, porque un tiempo la habia tenido alguna aficion. Bien poca debia de ser, dixo Leonisa, pues no pasaba de quatrocientos escudos; mas liberal era Ricardo, y mas valiente y comedido. Dios perdone á quien fué causa de su muerte, que fuí yo, que soy la sin ventura que él lloró por muerta, y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia, el que él mostró de la mia.

Yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada de Ricardo; que por muchos y varios casos he venido á este miserable estado en que me veo; y aunque es tan peligroso, siempre por favor del cielo he conservado en él la entereza de mi honor, con la qual vivo contenta en mi miseria: ahora ni sé dónde estoy, ni quién es mi dueño, ni adónde han de dar conmigo mis contrarios hados; por lo qual os ruego,

señor, siquiera por la sangre que de cristiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos, que puesto que el ser muchos me han hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos. A lo qual respondió Mahamut, que él haria lo que pudiese en servirla, aconsejándola con su ingenio y con sus fuerzas: advirtióla de la diferencia que por su causa habian tenido los dos bajaes, y como quedaba en poder del cadí su amo, para llevarla presentada al gran turco Celin á Constantinopla; pero que ántes que esto tuviese efecto, tenia esperanza en el verdadero Dios en quien él creia, aunque mal cristiano, que lo habia de disponer de otra manera; y que la aconsejaba se hubiese bien con Halima la muger del cadí su amo, en cuyo poder habia de estar hasta que la enviasen á Constantinopla, advirtiéndola de la condicion de Halima: y con estas le dixo otras cosas de su provecho, hasta que la dexó en su casa y en poder de Halima,

á quien dixo el recado de su amo.

Recibióla bien la mora por verla tan bien aderezada y tan hermosa. Mahamut se volvió á las tiendas á contar á Ricardo lo que con Leonisa le habia pasado, y hallándole, se lo contó todo punto por punto, y quando llegó al del sentimiento que Leonisa habia hecho quando le dixo que era muerto, casi se le vinieron las lágrimas á los ojos: díxole como habia fingido el cuento del cautiverio de Cornelio por ver lo que ella sentia: advirtióle la tibieza y malicia con que de Cornelio habia hablado: todo lo qual fué víctima para el afligido corazon de Ricardo, el qual dixo á Mahamut: acuérdome, amigo Mahamut, de un cuento que me contó mi padre, que ya sabes quán curioso fué, y oiste quánta honra le hizo el emperador Cárlos V. á quien siempre sirvió en honrosos cargos de paz y de guerra. Digo pues que me contó, que quando el emperador estuvo sobre Tunez, y la tomó con la fuerza de la goleta, estando un dia en

campaña y en su tienda, le traxéron á presentar una mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentáron entraban algunos rayos del sol por la tienda, y daban en los cabellos de la mora, que con los mismos del sol en ser rubios competian: cosa nueva en las moras, que siempre se precian de tenerlos negros.

Contaba que en aquella ocasion se hallárón en la tienda entre otros muchos dos caballeros españoles, el uno era andaluz, y el otro era catalan; ámbos muy discretos, y ámbos poetas; y habiéndola visto el andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo sin darle fin ni á la copla, ni á la sentencia, por no ofrecérsele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro caballero que estaba á su lado, y habia oido los versos, viéndole suspenso, como si le hurtara la media copla de la

boca, la prosiguió y acabó con las mismas consonancias. Y esto mismo se me vino á la memoria quando ví entrar á la hermosísima Leonisa por la tienda del baxá, no solamente escureciendo los rayos del sol si la tocaran, sino á todo el cielo con sus estrellas. Paso, no mas, dixo Mahamut, detente amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella Leonisa, que dexando de parecer cristiano, parezcas gentil: dime si quieres esos versos ó coplas, que despues hablarémos en otras cosas de mas gusto, y aun quizá de mas provecho. En buen hora, dixo Ricardo, y vuélvote á advertir, que cinco versos dixo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son estos:

Como quando el sol asoma
por una montaña baxa,
y de súpito nos toma,
y con su vista nos doma
nuestra vista, y la relaxa:
Como la piedra balaxa

que no consiente carcoma;
tal es tu rostro, Aja,
dura lanza de Mahoma,
que las mis entrañas raja.

Bien me suena al oido, dixo Mahamut, y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo; porque el decirlos, ó el hacerlos requiere ánimos muy desapasionados. Tambien se suelen, respondió Ricardo, llorar endechas, como cantar himnos, y todo es decir versos: pero dexando esto aparte, dime ¿qué piensas hacer en nuestro negocio? que puesto que no entendí lo que los baxaes tratáron en la tienda, en tanto que tú llevaste á Leonisa me lo contó un renegado de mi amo, veneciano, que se halló presente, y entiende bien la lengua turquesca: y yo lo que he menester ante todas cosas es buscar trazas como Leonisa no vaya á manos del gran señor. Lo primero que se ha de hacer, respondió Mahamut, es que tú vengas á poder de mi amo; que esto hecho, des-

pues nos aconsejarémos en lo que mas nos conviniere.

En esto vino el guardian de los cautivos cristianos de Azam, y llevó consigo á Ricardo. El cadí volvió á la ciudad con Azam, que en breves dias hizo la residencia de Ali, y se la dió cerrada y sellada, para que se fuese á Constantinopla: él se fué luego, dexando muy encargado al cadí, que con brevedad enviase la cautiva, escribiendo al gran señor de modo que le aprovechase para sus pretensiones. Prometióselo el cadí con traidoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiva. Ido Ali lleno de falsas esperanzas, y quedando Azam no vacío de ellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo vino á poder de su amo. Ibanse los dias, y el deseo de ver á Leonisa apretaba tanto á Ricardo, que no alcanzaba un punto de sosiego: mudóse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegase el suyo á oidos de Leonisa ántes que él la viese, y el verla era muy dificultoso á causa que los mo-

ros son en extremo zelosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mugeres; puesto que el mostrarse ellas á los cristianos no se les hace de mal, quizá debe de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales.

Sucedió pues que un dia la señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fué, que se le quedó grabado en el corazon, y fixo en la memoria: y quizá poco contenta de los floxos abrazos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo, y con la misma dió cuenta de él á Leonisa, á quien ya queria mucho por su agradable condicion, y tratábala con mucho amor y respeto, por ser prenda del gran señor: díxola como el cadí habia traido á casa un cautivo cristiano de tan gentil donayre y parecer, que á sus ojos no habia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que decian que era chilidi (que quiere decir caballero), y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabia cómo darle á entender su voluntad sin

que el cristiano la tuviese en poco por habérsela declarado. Preguntóla Leonisa cómo se llamaba el cautivo. Y díxola Halima, que se llamaba Mario. A lo qual replicó Leonisa: si él fuera caballero, y del lugar que dicen, yo le conociera, mas de ese nombre Mario no hay ninguno en Trápana; pero haz, señora, que le vea y hable, que yo te diré quién es, y lo que de él se puede esperar. Así será, dixo Halima, porque el viérnes, quando esté el cadí haciendo la zalá en la mezquita, le haré entrar acá dentro, donde le podrás hablar á solas; y si te pareciere darle indicios de mi deseo, haráslo por el mejor modo que pudieres. Esto dixo Halima á Leonisa, y no habian pasado dos horas, quando el cadí llamó á Mahamut y á Mario, y con no ménos eficacia que Halima habia descubierto su pecho á Leonisa, descubrió el enamorado viejo el suyo á sus dos esclavos, pidiéndoles consejo en lo que haria para gozar de la cristiana, y cumplir con el gran señor, cuya ella era, dicién-

doles, que ántes pensaba morir mil muertes que entregarla al gran turco.

Con tales afectos decia su pasion el religioso moro, que la puso en los corazones de sus dos esclavos, que todo lo contrario de lo que él pensaba pensaban. Quedó puesto entre ellos, que Mario, como hombre de su tierra (aunque habia dicho que no la conocia), tomase la mano en solicitarla y en declararla la voluntad suya; y quando por este modo no la pudiese alcanzar, que usaria él de la fuerza, pues estaba en su poder: y esto hecho, con decir que era muerta se excusarian de enviarla á Constantinopla. Contentísimo quedó el cadí con el parecer de sus esclavos, y con la imaginada alegría ofreció desde luego libertad á Mahamut, mandándole la mitad de su hacienda despues de sus dias: y asímismo prometió á Mario, si alcanzase lo que queria, libertad y dineros con que volviese á su tierra rico, honrado y contento.

Si él fué liberal en prometer, sus cautivos fuéron pródigos, ofreciéndole

de alcanzar la luna del cielo, quanto mas á Leonisa, como él diese comodidad para hablarla: esa daré yo á Mario quanta él quisiere, respondió el cadí, porque haré que Halima se vaya en casa de sus padres, que son griegos cristianos, por algunos dias, y estando fuera, mandaré al portero que dexe entrar á Mario dentro de casa todas las veces que él quisiere, y diré á Leonisa que bien puede hablar con su paisano quando le diere gusto: de esta manera comenzó á volver el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su favor sin saber lo que hacian sus mismos amos. Tomado pues entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en plática fué Halima, bien así como muger cuya naturaleza es fácil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto.

Aquel mismo dia dixo el cadí á Halima, que quando quisiese podria irse casa de sus padres á holgarse con ellos los dias que gustase; pero como ella estaba alborozada con las esperanzas que Leonisa le habia dado, no solo á casa

de sus padres, sino al fingido paraiso de Mahoma no quisiera irse; y así le respondió que por entónces no tenia tal voluntad, y que quando ella la tuviese lo diria, mas que habia de llevar consigo á la cautiva cristiana. Eso no, replicó el cadí, que no es bien que la prenda del gran señor sea vista de nadie, y mas que se le ha de quitar que converse con cristianos; pues sabeis que en llegando á poder del gran señor, la han de encerrar en el serrallo, y volverla turca, quiera ó no quiera. Como ella ande conmigo, replicó Halima, no importa que esté en casa de mis padres, ni que comunique con ellos, que mas comunico yo, y no dexo por eso de ser buena turca; y mas, que lo mas que pienso estar en su casa serán quatro ó cinco dias, porque el amor que os tengo no me dará licencia para estar tanto ausente y sin veros. No la quiso replicar el cadí, por no darla ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion.

Llegóse en esto el viérnes, y él se

fué á la mezquita, de la qual no podia salir en casi quatro horas; y apénas le vió Halima apartado de los umbrales de casa, quando mandó llamar á Mario; mas no le dexara entrar un cristiano corzo que servia de portero en la puerta del patio, si Halima no diera voces que le dexase, y así entró confuso y temblando, como si fuera á pelear con un exército de enemigos. Estaba Leonisa del mismo modo y trage que quando entró en la tienda del baxá, sentada al pie de una escalera grande de mármol que á los corredores subia: tenia la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha, y el brazo sobre las rodillas, los ojos á la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que aunque él iba hácia la parte donde ella estaba, ella no le veía.

Así como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos, y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio, hasta que paró la vista donde Leonisa estaba. En un instante al ena-

morado Ricardo le sobreviniéron tantos pensamientos, que le suspendiéron y alegráron, considerándose veinte pasos á su parecer, ó poco mas desviado de su felicidad y contento: considerábase cautivo, y á su gloria en poder ageno. Estás cosas revolviendo entre sí mismo, se movia poco á poco, y con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado se iba llegando al centro donde estaba el de su alegría, quando á deshora volvió el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Mario que con atencion la miraba: mas quando la vista de los dos se encontráron, con diferentes efectos diéron señal de lo que sus almas habian sentido.

Ricardo se paró, y no pudo echar pie adelante: Leonisa que por la relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto, y el verle vivo tan no esperadamente la llenó de temor y espanto, sin quitar de él los ojos ni volver las espaldas, volvió atras quatro ó cinco escalones, y sacando una pequeña cruz del seno, la besaba muchas veces, y

se santiguó infinitas, como si alguna cosa del otro mundo estuviera mirando. Volvió Ricardo de su embelesamiento, y conoció por lo que Leonisa hacia la verdadera causa de su temor, y así la dixo: á mí me pesa, ó hermosa Leonisa, que no hayan sido verdad las nuevas que de mi muerte te dió Mahamut, porque con ella excusara los temores que ahora tengo, de pensar si todavía está en su entereza el rigor que contimo has usado conmigo. Sosiégate, señora, y baxa, y si te atreves á hacer lo que nunca hiciste, que es llegar á á mí, llega, y verás que no soy cuerpo fantástico: Ricardo soy, Leonisa, Ricardo el de tanta ventura, quanta tú quisieres que tenga.

Púsose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo qual entendió Ricardo que era señal de que callase, ó hablase mas quedo; y tomando algun poco de ánimo, se fué llegando á ella en distáncia que pudo oir estas razones; habla paso, Mario (que así me parece que te llamas ahora), y no trates de

otra cosa de la que yo te tratare: y advierte que podria ser que el habernos oido fuese parte para que nunca nos volviésemos á ver. Halima nuestra ama creo que nos escucha, la qual me ha dicho que te adora: háme puesto por intercesora de su deseo: si á él quieres corresponder, aprovecharteha mas para el cuerpo que para el alma: y quando no quieras, es forzoso que lo finjas, siquiera porque yo te lo rueg6, y por lo que merecen deseos de muger declarados. A esto respondió Ricardo: jamas pensé, ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras traxera consigo imposible de cumplirla; pero la que me pides me ha desengañado. ¿Es por ventura la voluntad tan ligera, que se pueda mover y llevar adonde quisieren llevarla? ¿ó estarále bien al varon honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso? Si á ti te parece que alguna de estas cosas se debe ó puede hacer, haz lo que mas gustares, pues eres señora de mi voluntad; mas ya sé que tambien

me engañas en esto, pues jamas la has conocido, y así no sabes lo que has de hacer de ella. Pero á trueque que no digas que en la primera cosa que me mandaste, dexaste de ser obedecida, yo perderé del derecho que debo á ser quien soy, y satisfaré tu deseo y el de Halima fingidamente, como dices, si es que se ha de grangear con esto el bien de verte; y así finge tú las respuestas á tu gusto, que desde aquí las firma y confirma mi fingida voluntad: y en pago de esto que por ti hago (que es lo mas que á mi parecer podré hacer, aunque de nuevo te dé el alma que tantas veces te he dado) te ruego que brevemente me digas ¿cómo escapaste de las manos de los cosarios, y cómo veniste tú á las del judío que te vendió?

Mas espacio, respondió Leonisa, pide el cuento de mis desgracias; pero con todo eso te quiero satisfacer en algo. Sabrás pues que á cabo de un dia que nos apartamos, volvió el barel de Izuf con un recio viento á la misma

isla de Pantanalea, donde tambien vimos á vuestra galeota; pero la nuestra sin poderlo remediar embistió en las peñas. Viendo pues mi amo tan á los ojos su perdicion, vació con gran presteza dos barriles que estaban llenos de agua, tapólos muy bien, y atólos con cuerdas el uno con el otro, púsome á mí entre ellos, desnudóse luego, y tomando otro barril entre los brazos, se ató con un cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dió cabo á mis barriles, y con grande ánimo se arrojó á la mar, llevándome tras sí: yo no tuve ánimo para arrojarme, que otro turco me impelió, y me arrojó tras Izuf, donde caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos turcos, que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido. Abrí los ojos atónita y espantada, y ví á Izuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que segun despues supe, al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida.

Los turcos asimismo me dixéron, que tirando de la cuerda, me sacáron á tierra casi ahogada: solas ocho personas escapáron de la desdichada galeota: ocho dias estuvimos en la isla, guardándome los turços el mismo respeto que si fuera su hermana. Estábamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no baxasen de una fuerza de cristianos que está en la isla y los cautivasen: sustentáronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la galeota, lo qual salian á coger de noche. Ordenó la suerte para mayor mal mio, que la fuerza estuviese sin capitan, que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que los turcos cautiváron, que baxó de la fuerza á coger conchas á la marina. A los ocho dias llegó á aquella costa un baxel de moros que ellos llaman caramuzales, viéronle los turcos, y saliéron de donde estaban, haciendo señas al baxel que estaba cerca de tierra, tan-

to que conoció ser turcos los que llamaban: ellos contáron sus desgracias, y los moros los recibiéron en su baxel, en el qual venia un judío, riquísimo mercader, que toda la mercancía del baxel ó la mas era suya; era de barraganes, alquiceles, y otras cosas que de Berbería se llevan á levante, en que ordinariamente tratan los judíos: los turcos se fuéron en el baxel á Tripol, y en el camino me vendiéron al judío que dió por mí dos mil doblas, precio excesivo, si no lo hiciera liberal el amor que el judío me descubrió.

Dexando pues los turcos en Tripol, tornó el baxel á hacer su viage, y el judío dió en solicitarme descaradamente; yo le hice la cara que merecian sus torpes deseos. Viéndose pues desesperado de alcanzarlos, determinó de deshacerse de mí en la primera ocasion que se le ofreciese; y sabiendo que los dos baxaes, Ali y Azam, estaban en aquella isla, donde podia vender su mercadería tan bien como en Xio, en quien pensaba venderla, se vino aquí con in-

tencion de venderme á alguno de los baxaes, y por eso me vistió de la manera que ahora me ves, por aficionarles la voluntad á que me comprasen. He sabido que me ha comprado este cadí para llevarme á presentar al gran turco, de que estoy no poco temerosa: aquí he sabido de tu fingida muerte, y te sé decir, si lo quieres creer, que me pesó en el alma, y que te tuve mas envidia que lástima; y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata ni desconocida, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida.

No dices mal, señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en mas estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura (como no fuera la eterna) que en la vida ó en la muerte pudiera asegurarme mi deseo: el que tiene mi amo el cadí, á cuyo poder he venido por no ménos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo que

para conmigo lo es el de Halima. Háme puesto á mí por intérprete de sus pensamientos, acepté la empresa, no por darle gusto, sino por el que grangeaba en la comodidad de hablarte; porque veas, Leonisa, el término á que nuestras desgracias nos han traido, á ti á ser medianera de un imposible, que en lo que me pides conoces: á mí á serlo tambien de la cosa que ménos pensé, y de la que daré por no alcanzarla la vida, que ahora estimo en lo que vale la alta ventura de verte.

No sé qué te diga, Ricardo, respondió Leonisa, ni qué salida se tome al laberinto donde (como dices) nuestra corta ventura nos tiene puestos: solo sé decir, que es menester usar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento y engaño, y así digo, que de ti daré á Halima algunas razones, que ántes la entretengan que desesperen. Tú de mí podrás decir al cadí lo que para seguridad de mi honor y de su engaño vieres que mas convenga; y pues yo pongo

mi honor en tus manos, bien puedes creer de él, que le tengo con la entereza y verdad que podian tener en duda tantos caminos como he andado, y tantos combates como he sufrido: el hablarnos será fácil, y á mí será de grandísimo gusto el hacerlo, con presupuesto que jamas me has de tratar cosa que á tu declarada pretension pertenezca, que en la hora que tal hicieres, en la misma me despediré de verte; porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser con el favor del cielo, que miéntras mas se acrisola, queda con mas pureza y mas limpio. Conténtate con que he dicho que no me dará, como solia, fastidio tu vista; porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumias de ti algo mas de lo que debias: confieso tambien que me engañaba, y que podria ser que á hacer ahora la experiencia, me pusiese la ver-

dad delante de los ojos el desengaño, y estando desengañada, fuese con ser honesta, más humana. Vete con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la qual entiende algo de la lengua cristiana, ó á lo ménos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos. Dices muy bien, señora, respondió Ricardo, y agradézcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dexarme verte, y como tú dices, quizá la experiencia te dará á entender quán llana es mi condicion y quán humilde, especialmente para adorarte, y sin que pusieras término ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor. En lo que toca á entretener al cadí vive descuidada, haz tú lo mismo con Halima, y entiende, señora, que despues que se he visto, ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada; y con esto quédate á Dios, que

otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me trajo á este estado después que de ti me aparté, ó por mejor decir me apartáron.

Con esto se despidiéron, y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentísimo de haber oido una palabra á Lónisa sin aspereza. Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma traxese Leonisa buen despacho de lo que le habia encomendado: el cadí estaba en la mezquita, recompensando con los suyos los deseos de su muger, teniéndolos solícitos, y colgados de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dexado encargado hablase á Leonisa, pues para hacerlo le daria comodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y deshonesto amor, dándole muy buenas esperanzas que Mario haria todo lo que pidiese; pero que habia de dexar pasar primero dos lunas, ántes que concediese con lo que deseaba él mucho

mas que ella: y que este tiempo y término pedia á causa que hacia una plegaria á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa, y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad ántes del término del voto, como él condescendiera con su voluntad y deseo: y así rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo, y acortase la dilacion que ella desde luego le ofrecia quanto el cadí le pidiese por su rescate.

Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de qué le responderia: y acordáron entre los dos que le desesperase, y aconsejase que lo mas presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino ó por grado ó por fuerza alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el gran señor, sería bueno comprar otra esclava, y en el viage fingir, ó hacer de modo como Leonisa cayese enferma, y que una noche con el secreto posible echarian la cris-

tiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa la cautiva del gran señor que se habia muerto; y que esto se podia hacer, y se haria de modo que jamas la verdad fuese descubierta en algun tiempo; y él quedase sin culpa con el gran señor, y con el cumplimiento de su voluntad; y que para la duracion de su gusto despues se daria traza conveniente y mas provechosa. Estaba tan ciego el mísero y anciano cadí, que si otros mil disparates le dixeran (como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas), todos los creyera, quanto mas que le pareció que todo lo que le decian llevaba buen camino, y prometia próspero suceso: y así era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con el baxel, y darle á él la muerte en pago de sus locos pensamientos.

Ofrecióseles al cadí otra dificultad á su parecer mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer, y era pensar que su muger Halima no le habia de dexar ir á Constantinopla, si no la lle-

vaba consigo; pero presto la facilitó, diciendo, que en cambio de la cristiana que habia de comprar para que muriese por Leonisa, serviria Halima, de quien deseaba librarse mas que de la muerte. Con la misma facilidad que lo pensó, con la misma se lo concediéron Mahamut y Ricardo: y quedando firmes en esto, aquel mismo dia dió cuenta el cadí á Halima del viage que pensaba hacer á Constantinopla á llevar la cristiana al gran señor, de cuya grandeza y liberalidad esperaba que le hiciese gran cadí del Cayro ó de Constantinopla. Halima le dixo muy alegre: que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dexaria á Mario en casa; mas quando el cadí la certificó que le habia de llevar consigo, y á Mahamut tambien, tornó á mudar de parecer, y á desaconsejarle lo que primero le habia aconsejado: en resolucion concluyó, que si no la llevaba cónsigo, no pensaba dexarle ir en ninguna manera. Contentóse el cadí de hacer lo que ella queria, porque

pensaba sacudir presto de su cuello aquella para él tan pesada carga.

No se descuidaba en este tiempo Azam baxá de solicitar al cadí le entregase la esclava, ofreciéndole montes de oro; y habiéndole dado á Ricardo de balde, cuyo rescate apreciaba en dos mil escudos, facilitábale la entrega con la misma industria que él se habia imaginado de hacer muerta la cautiva quando el gran turco enviase por ella. Todas estas dádivas y promesas aprovecháron con el cadí no mas de ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y así solicitado de su deseo, y de las importunaciones de Azam, y aun de las de Halima, qúe tambien fabricaba en el ayre vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un bergatin de quince bancos, y le armó de buenas boyas moros, y de algunos cristianos griegos; embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dexó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dexase llevar consigo á sus padres para que viesen á

Constantinopla. Era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut, hacer con él y con Ricardo, que en el camino se alzasen con el bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de cristianos, y volverse á lo que primero habia sido, y casarse con Ricardo: pues era de creer, que llevando tantas riquezas consigo, y volviéndose cristiana, no dexaria de tomarla por muger.

En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa, y la declaró toda su intencion; y ella le dixo la que tenia Halima, que con ella la habia comunicado: encomendáronse los dos el secreto, y encomendándose á Dios, esperaban el dia de la partida; el qual llegado, salió Azam acompañándolos hasta la marina con todos sus soldados, y no los dexó hasta que se hiciéron á la vela, ni aun quitó los ojos del bergantin hasta perderle de vista; y parece que el ayre de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelia

con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma. Mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dexaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resuelta determinacion tenia pensado: y así en un baxel de diez y siete bancos que en otro puerto habia hecho armar, puso cincuenta soldados, todos amigos y conocidos suyos, á quienes él tenia obligados con muchas dádivas y promesas, y dióles órden que saliesen al camino y tomasen el baxel del cadí y sus riquezas, pasando á cuchillo quantos en él iban, sino fuese á Leonisa la cautiva, que á ella sola queria por despojo aventajado á los muchos haberes que el bergantin llevaba. Ordenóles tambien que le echasen á fondo, de manera que ninguna cosa quedase que pudiese dar indicio de su perdicion.

La codicia del saco les puso alas en los pies, y mas viendo quan poca

defensa habian de hallar en los del bergantin, segun iban desarmados, y sin sospecha de semejante acontecimiento. Dos dias habia que el bergantin caminaba, que al cadi se le hiciéron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efecto su determinacion; mas aconsejáronle sus esclavos qué convenia primero hacer de suerte que Leonisa cayese mala para dar color á su muerte, y que esto habia de ser con algunos dias de enfermedad: él no quisiera sino decir que habia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar á su muger, y aplacar el gran fuego que las entrañas poco á poco le iba consumiendo; pero en efecto hubo de condescender con el parecer de los dos.

Ya en esto habia Halima declarado su intento á Mahamut y á Ricardo, y ellos estaban en ponerlo por obra al pasar de las Cruces de Alexandría, ó al entrar de los castillos de la Natolia; pero fué tanta la priesa que el cadí les daba, que se ofreciéron de hacerlo en la primera comodidad que se

les ofreciese: y un dia al cabo de seis que navegaban, y que ya le parecia al cadí que bastaba el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunó á sus esclavos que otro dia concluyesen con Halima, y la arrojasen al mar amortajada, diciendo ser la cautiva del gran señor. Amaneciendo pues el dia en que, segun la intencion de Mahamut y de Ricardo habia de ser el cumplimiento de sus deseos ó el fin de sus dias, descubrieron un bakel que, á vela y remo los venia dando caza, temieron fuese de cosarios cristianos, de los quales ni unos ni otros podian esperar ningun buen suceso, porque de serlo, se temian ser los moros cautivos, y los cristianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados; pero Mahamut y Ricardo con la libertad de Leonisa y de la de entrámbos se contentaran: con todo esto que se imaginaban, temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamas la que se da á tales exercicios, de qualquiera ley ó nacion que sea, deja de tener un ánimo

cruel, y una condicion insolente. Pusiéronse en defensa sin dexar los remos de las manos, y hacer todo quanto pudiesen; pero pocas horas tardáron que viéron que les iban entrando de modo, que en ménos de dos se les pusiéron á tiro de cañon: viendo esto amaynáron, soltáron los remos, tomáron las armas, y los esperáron, aunque el cadí dixo que no temiesen, porque el baxel era turquesco, y que no les haria daño alguno.

Mandó poner luego una bandera blanca de paz en el peñol de la popa, porque la viesen los que ya ciegos y codiciosos venian con gran furia á embestir al mal defendido bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut, y vió que de la parte de poniente venia una galeota á su parecer de veinte bancos, díxoselo al cadí, y algunos cristianos que iban al remo, dixéron que el baxel que se descubria era de cristianos: todo lo qual les dobló la confusion y el miedo, y estaban suspensos sin saber lo que harian, temiendo y espe-

rando el suceso que Dios quisiese darles. Paréceme que diera el cadí en aquel punto por hallarse en Nicosia toda la esperanza de su gusto: tanta era la confusion en que se hallaba; aunque le quitó presto de ella el baxel primero, que sin respeto de las banderas de paz, ni de lo que á su religion debian, embistiéron con el del cadí con tanta furia, que estuvo poco en echarle á fondo: luego conoció el cadí los que le acometian, y vió que eran soldados de Nicosia, y adivinó lo que podia ser, y dióse por perdido y muerto; y si no fuera que los codiciosos soldados se diéron ántes á robar que á matar, ninguno quedara con vida; mas quando ellos andaban mas encendidos y mas atentos en su robo, dió un turco voces, diciendo: arma, soldados, que un baxel de cristianos nos embiste: y así era la verdad, porque el baxel que descubrió el bergantin del cadí venia con insignias y banderas cristianescas, el qual llegó con toda furia á embestir al baxel de Azam; pero ántes que

llegase preguntó uno desde la proa en lengua turquesca qué baxel era aquel. Respondiéronle que de Azam baxá, virrey de Chipre. ¿Pues cómo, replicó el turco, siendo vosotros mosolimanes, embestís y robais á ese baxel, que nosotros sabemos que va en él el cadí de Nicosia? A lo qual respondiéron, que ellos no sabian otra cosa mas de que el baxá les habia ordenado le tomasen, y que ellos, como sus soldados y obedientes, habian hecho su mandamiento.

Satisfecho de lo que saber queria el capitan del segundo baxel que venia á la cristianesca, dexó de embestir al de Azam, y acudió al del cadí, y á la primera rociada mató mas de diez turcos de los que dentro estaban, y luego le entró con grande ánimo y presteza; mas apénas hubiéron puesto los pies dentro, quando el cadí conoció que el que le embestia no era cristiano, sino Alí baxá, el enamorado de Leonisa, el qual con el mismo intento que Azam habia estado esperando su venida, y por no ser conocido, habia

hecho vestidos á sus soldados como cristianos, para que con esta industria fuese mas encubierto su hurto.

El cadí, que conoció las intenciones de los amantes y traidores, comenzó á grandes voces á decir su maldad, diciendo: ¿qué es esto traydor Ali baxá? ¿como, siendo tú mosoliman (que quiere decir turco), me salteas como cristiano? y vosotros, traidores soldados de Azam, ¿que demonio os ha movido á cometer tan grande insulto? Cómo, por cumplir el apetito lascivo del que aquí os envia, ¿quereis ir contra vuestro natural señor? A estas palabras suspendiéron todos las armas, y unos á otros se miráron y se conociéron, porque todos habian sido soldados de un mismo capitan, y militado debaxo de una bandera, y confundiéndose con las razones del cadí, y con su mismo maleficio, se les embotáron los filos de los alfanges, y se les desmayáron los ánimos: solo Ali cerró los ojos y los oidos á todo, y arremetiendo al cadí, le dió una tal cuchillada en la cabeza, que si no fuera

por la defensa que hiciéron cien varas de toca con que venia ceñida, sin duda se la partiera por medio; pero con todo le derribó entre los bancos del baxel, y al caer dixo el cadí: ó cruel renegado, enemigo de mi Profeta, ¿es posible que no ha de haber quien castigue tu crueldad y tu grande insolencia? ¿Cómo, maldito, has osado poner las manos y las armas en tu cadí, y en un ministro de Mahoma?

Estas palabras añadiéron fuerza á las primeras, las quales oidas de los soldados de Azam, y movidos de temor que los soldados de Ali les habian de quitar la presa que ya ellos por suya tenian, determináron de ponerlo todo en aventura: y comenzando uno, y siguiéndole todos, diéron en los soldados de Ali con tanto ánimo, que en poco espacio los paráron tales, que aunque eran muchos mas que ellos, los reduxéron á número pequeño; pero los que quedáron, volviendo sobre sí, vengáron á sus compañeros, no dexando de los de Azam apénas quatro con vi-

da, y esos muy mal heridos. Estábanlos matando Ricardo y Mahamut, que de quando en quando sacaban la cabeza por el escotillon de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herrería que sonaba; y viendo que los turcos estaban casi todos muertos, y los vivos mal heridos, y quan fácilmente se podia dar cabo de todos, llamó Mahamut á dos sobrinos de Halima que ella habia hecho embarcar consigo, para que ayudasen á levantar el batel, y con ellos, y con su padre, tomando alfanges de los muertos, saltáron en cruxía, y apellidando libertad, libertad, y ayudados de las buenas boyas cristianos griegos, con facilidad los degolláron á todos, y rindiéron. Y pasando sobre la galeota de Alí, que sin defensa estaba, fácilmente la rindiéron y ganáron con quanto en ella venia. De los que en el segundo encuentro murién, fué de los primeros Alí baxá, que un turco en venganza dél cadí le mató á cuchilladas.

Diéronse luego todos, por consejo

de Ricardo, á pasar quantas cosas habia de precio en su báxel, y en el de Azam á la galeota de Ali, por ser báxel mayor, y acomodado para qualquier carga ó viage, y ser los remeros cristianos, los quales contentos con la alcanzada libertad, y con muchas cosas que Ricardo repartió entre todos, se ofrecieron de llevarle hasta Trápana, y aun hasta el cabo del mundo si quisiese: y con esto Mahamut y Ricardo, llenos de gozo por el buen suceso, se fuéron á Halima, y la dixéron que si queria volverse á Chipre, que con las buenas boyas le armarian su mismo báxel, y le darian la mitad de las riquezas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad aún no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dixo que queria irse con ellos á tierra de cristianos, de lo qual sus padres se holgáron en extremo. El cadí volvió en su acuerdo, y le curárpn como la ocasion lo dió lugar, á quien tambien dixéron que escogiese una de dos: ó que se dexase llevar á tierra de

cristianos, ó volviese en su mismo baxel á Nicosia. El respondió, que ya que la fortuna le habia traido á tales términos, les agradecia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al gran señor del agravio que de Azam y de Ali habia recibido; mas quando supo que Halima le dexaba, y se queria volver cristiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion le armáron su mismo baxel, y le proveyéron de todas las cosas necesarias para su viage, y aun le diéron algunos cequies de los que habian sido suyos; y despidiéndose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió, ántes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase, que aquella merced y favor sería bastante para poner en olvido toda su desventura.

Todos suplicáron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad: hizo Leonisa lo que le rogáron, y el cadí le pidió de pu-

sisse las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida: en todo le contentó Leonisa. Hecho esto, y habiendo dado un barreno al baxel de Azam, favoreciéndoles un levante fresco que parecia que llamaba las velas para entregarse en ellas, se las diéron, y en breves horas perdiéron de vista el baxel del cadí, el qual con lágrimas en los ojos estaba mirando como se llevaban los vientos su hacienda, su gusto, su muger, y toda su alma. Con bien diferentes pensamientos de los que llevaba el cadí navegaban Ricardo y Mahamut: y así, sin querer tocar en tierra en ninguna parte, pasáron á la vista de Alexandría de golfo lanzado, y sin amaynar velas, y sin tener necesidad de aprovecharse de los remos, llegáron á la isla de Corfú, donde hiciéron agua, y luego sin detenerse pasáron por los infamados riscos Acroceraunos, y desde léjos descubriéron á Paquino, promontorio de la fertilísima Tinacria, á vista de la qual, y de la insigne isla

de Malta voláron, que no con ménos ligereza navegaba el dichoso leño. En resolucion, boxando la isla, de allí á quatro dias descubriéron la Lampadosa, y luego la isla donde se perdiéron, con cuya vista se enterneció Leonisa, viniéndole á la memoria el peligro en que en ella se habia visto.

Otro dia viéron delante de sí la deseada y amada patria: renovóse la alegría en sus corazones, y alborotáronse sus espíritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar despues de luengo cautiverio, salvo y sano á su patria: y al que á éste se le puede igualar, es el que se recibe de la victoria alcanzada de los enemigos. Habíase hallado en la galeota una caxa llena de banderetas y flámulas de diversas colores de sedas, con las quales hizo Ricardo adornar la galeota. Poco despues de amanecer se halláron á ménos de una legua de la ciudad, y bogando á quarteles, y alzando de quando en quando alegres voces y gritos, se iban

llegando al puerto, en el qual en un instante pareció infinita gente del pueblo, que habiendo visto como aquel bien adornado bixel tan de espacio se llegaba á tierra, no quedó gente en toda la ciudad que dexase de salir á la marina.

En este entretanto habia Ricardo pedido y suplicado á Leonisa que se adornase y vistiese de la misma manera que quando entró en la tienda de los baxaes; porque queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hízolo así, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belleza á belleza (que suele acrecentarse con el contento), se vistió de modo, que de nuevo causó admiracion y maravilla: vistióse asímismo Ricardo á la turquesca, y lo mismo hizo Mahamat y todos los cristianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los turcos muertos. Quando llegáron al puerto serían las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraba, que parecia que estaba atenta mirando aquella alegre entrada.

Antes de entrar en el puerto hizo Ricardo disparar las piezas de la galeota, que eran un cañon de cruxía y dos falconetes: respondió la ciudad con otras tantas. Estaba toda la gente confusa, esperando llegase el bizarro baxel; pero quando viéron de cerca que era turquesco, porque se divisaban los blancos turbantes de los que moros parecian, temerosos y con sospecha de algun engaño, tomáron las armas y acudiéron al puerto todos los que en la ciudad son de milicia, y la gente de á caballo se tendió por la marina: de todo lo qual recibiéron gran contento los que poco á poco se fuéron llegando hasta entrar en el puerto, dando fondo junto á tierra; y arrojando en ella la plancha, soltáron los remos, y todos uno á uno como en procesion saliéron á tierra, la qual con lágrimas de alegría besáron una y muchas veces: señal clara que dió á entender ser cristianos que con aquel baxel se habian alzado. A la postre de todos saliéron el padre y madre de Halima, y

sus dos sobrinos, todos (como está dicho) vestidos á la turquesca: hizo fin y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con un tafetan carmesí.

Traíanla en medio Ricardo y Mahamut, cuyo espectáculo llevó tras sí los ojos de toda aquella multitud que los miraba. En llegando á tierra, hiciéron como los demas, besándola postrados en el suelo. En esto llegó á ellos el capitan y gobernador de la ciudad, que bien conoció que eran los principales de todos; mas apénas hubo llegado, quando conoció á Ricardo, y corrió con los brazos abiertos y con señales de grandísimo contento á abrazarle. Llegáron con el gobernador Cornelio y su padre, y los de Leonisa con todos sus parientes y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la ciudad: abrazó Ricardo al gobernador, y respondió á todos los parabienes que le daban: trabó de la mano á Cornelio (el qual como le conoció, y se vió asido de él, perdió la color del rostro, y casi comenzó á tem-

blar de miedo), y teniendo asimismo de la mano á Leonisa, dixo: por cortesía os ruego, señores, que ántes que entremos en la ciudad, y en el templo á dar las gracias, tan justamente debidas á nuestro Señor de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones que deciros quiero. A lo qual el gobernador respondió, que dixese lo que quisiese, que todos le escucharian con gusto y con silencio.

Rodeáronle luego todos los mas de los principales, y él alzando un poco la voz, dixo de esta manera: bien se os debe acordar, señores, de la desgracia que algunos meses ha en el jardin de las Salinas me sucedió con la pérdida de Leonisa: tambien no se os habrá caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues olvidándome de la mia, ofrecí por su rescate toda mi hacienda, aunque ésta, que al parecer fué liberalidad, no puede ni debe redundar en mi alabanza, pues la daba por el rescate de mi

alma: lo que despues acá á los dos ha sucedido requiere para mas tiempo, otra sazon y coyuntura, y otra lengua no tan turbada como la mia; baste deciros por ahora, que despues de varios y extraños acaecimientos, y despues de mil perdidas esperanzas de alcanzar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo sin ningun merecimiento nuestro nos ha vuelto á la deseada patria, quanto llenos de contento, colmados de riquezas: y no nace de ellas, ni de la libertad alcanzada el sin igual gusto que tengo, sino del que imagino que tiene esta en paz y en guerra dulce enemiga mia, así por verse libre, como por ver, como ve, el retrato de su alma: todavía me alegro de la general alegría que tienen los que me han sido compañeros en la miseria: y aunque los tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones, y aniquilar los ánimos valerosos; no ha sido así con el verdugo de mis buenas esperanzas, porque con mas valor y entereza que buenamente decirse puede, ha pasado

el naufragio de sus desdichas, y los encuentros de mis ardientes quanto honestas importunaciones: en lo qual se verifica que mudan el cielo y no las costumbres los que en ellas tal vez hicieron asiento.

De todo esto, que he dicho, quiero inferir, que yo la ofrecí mi hacienda en rescate, y la di mi alma en mis deseos: dí traza en su libertad, y aventuré por ella mas que por la mia la vida; y todos estos, que en otro sugeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean, solo quiero lo sea este en que te pongo ahora; y diciendo, estó, alzó la mano, y con honesto comedimiento quitó el antifaz del rostro de Leonisa, que fué como quitarse la nube que tal vez cubre la claridad del sol; y prosiguió diciendo: ves aquí, ó Cornelio, te entrego la prenda que tú debes de estimar sobre todas las cosas que son dignas de estimarse; y ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria: es-

ta sí quiero que se tenga por liberalidad, en cuya comparacion dar la hacienda, la vida y la honra, no es nada.

Recíbela, ó venturoso mancebo, recíbela; y si tu conocimiento llega á tanto que llegue á conocer valor tan grande, estímate por el mas venturoso de la tierra: con ella te daré asímismo todo quanto me tocare de parte en lo que á todos el cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos: de todo puedes gozar á tu sabor con libertad, quietud y descanso; y plegue al cielo que sea por luengos y felices años: yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre, que á quien Leonisa le falta, la vida le sobra. Y en diciendo esto calló, como si al paladar se le hubiera pegado la lengua; pero desde allí á un poco, ántes que ninguno hablase, dixo: ¡válgame Dios, y como los apretados trabajos turban los entendimientos! Yo, señores, con el deseo que tengo de hacer bien, no he mirado lo que he dicho; porque no es posible que nadie

pueda mostrarse liberal de lo ageno. ¿Que jurisdiccion tengo yo en Leonisa para darla á otro? ¿ó como puedo ofrecer lo que está tan léjos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que á faltarle sus padres (que felices años vivan), ningun opósito tuviera su voluntad; y aunque se pudieran oponer las obligaciones que como discreta debe de pensar que me tiene, desde aquí las cancelo y doy por ningunas; y así de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo; solo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea de ellos que nunca se encaminaron á otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su valor, é infinita hermosura.

Calló Ricardo en diciendo esto, á lo qual Leonisa respondió en esta manera: si algun favor, ó Ricardo, imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamo-

rado y zeloso, imagina que fué tan honesto, como guiado por la voluntad y órden de mis padres, que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese: si quedas de esto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad y recato: esto digo por darte á entender, Ricardo, que siempre fuí mia, sin estar sujeta á otro que á mis padres, á quien ahora humildemente, como es razon, suplico me den licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentía y liberalidad me ha dado.

Sus padres dixéron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria de ella de modo que siempre redundase en su honra y en su provecho. Pues con esta licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta, á trueque de no mostrarme desagradecida: y así, ó valiente Ricardo, mi voluntad hasta aquí recatada, perplexa y dudusa se declara en

favor tuyo; porque sepan los hombres que no todas las mugeres son ingratas, mostrándome yo siquiera agradecida: tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si ya otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano que de mi esposo te pido. Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella, y besarle las manos que le tomó por fuerza muchas veces, bañándoselas en tiernas y amorosas lágrimas. Derramólas Cornelio de pesar, de alegría los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes.

Hallóse presente el obispo ó arzobispo de la ciudad, y con su bendicion y licencia los llevó al templo, y dispensando en el tiempo, los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegría por toda la ciudad, de la qual diéron muestras aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la diéron muchos juegos y regocijos que hiciéron los pa-

rientes de Ricardo y de Leonisa. Reconciliáronse con la iglesia Mahamut y Halima, la qual imposibilitada de cumplir su deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. A sus padres, y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo, de las partes que le cupiéron del despojo, suficientemente con que viviesen. Todos en fin quedáron muy contentos, libres y satisfechos; y la fama de Ricardo, saliéndose de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debaxo del nombre del Amante Liberal, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fué exemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.

Rinconete y Cortadillo.

En la venta del Molinillo que está puesta en los fines de los campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se halláron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete, ámbos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados: capa no la tenian, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, que mas le servian de cormas que de zapatos.

Traia el uno montera, el otro un mal sombrero, baxo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por

Veamos si cae algun pajaro de estos Arrieros que aqui ay, quiero decir juguemos ála veinte y una.

J. Ximeno dib. y gr.

los pechos traía el uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venia escueto, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció era un cuello de los que llaman balonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él envueltos y guardados unos naypes de figura ovada, porque de exercitarlos se les habian gastado las puntas, y porque durasen mas se las cercenáron, y los dexáron de aquel talle.

Estaban los dos quemados del sol, las uñas cayreladas, y las manos no limpias. El uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas; saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de mas edad dixo al mas pequeño: ¿de que tierra es vm. señor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el pre-

guntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dixo el mayor, que no parece vm. del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como andado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. ¿Y sabe vm. algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió: no sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tixera muy delicadamente.

Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dixo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vm. la ofrenda de Todos Santos, porque para el Juéves santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte de

esa manera, dixo el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vm. bien sabe, son medias calzas con avampies, que por su propio nombre se suelen llamar polaynas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podria exâminar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos, respondió el grande; y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las mas perdidas; pero aún edad tiene vm. para enmendar su ventura: mas si yo no me engaño, y el ojo no me miente, otras gracias tiene vm. secretas, y no las quiere manifestar. Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vm. ha muy bien apuntado. A lo qual replicó el grande: pues yo le sé decir, que soy uno de los mas secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y para obligar á vm. que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero,

porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser desde ahora hasta el último dia de nuestra vida verdaderos amigos.

Yo, señor hidalgo, soy natural de Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasageros que por él de continuo pasan: mi nombre es Pedro del Rincon: mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la santa Cruzada, quiero decir que es bulero, ó buldero, como los llama el vulgo. Algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que mas presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado mas al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dexé con mas dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenia á cargo el di-

nero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentáron con que me arrimasen á la aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por quatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras.

Tomé de mis alhajas las que pude, y las que me parecíeron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naypes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía), con los quales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veinte y una: y aunque vm. los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debaxo; y si vm. es versado en este juego, verá quánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta,

que le puede servir de un punto y de once, que con esta ventaja, siendo la veinte y una envidada, el dinero se queda en casa. Fuera de esto aprendí de un cocinero de un cierto embaxador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que así como vm. se puede exâminar en el corte de sus antiparas, así puedo ser yo maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar el tiempo jugando un rato, y de esto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun páxaro de estos arrieros que aquí hay; quiero decir, que juguemos los dos á la veinte y una como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que dexe la pecunia.

Sea en buen hora, dixo el otro, y en merced muy grande tengo la que vm. me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á

que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es ésta: yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tixera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea, y el desamorado trato de mi madrastra: dexé mi pueblo, vine á Toledo á exercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faltriquera tan escondida que mis dedos no visiten, ni mis tixeras no corten, aunque le esten guardando con los de Argos: y en quatro meses que allí estuve, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto: bien es verdad, que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el qual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí

de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo ménos de un carro.

Esto se borre, dixon Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas y altiveces: confesemos llanamente que no teníamos blanca, ni aun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado (que así dixo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vm. señor Rincon ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias: y levantándose Diego Cortado, abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusiéron los dos á jugar á la veinte y una con los ya referidos naypes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto al portal un arriero y pidió querer hacer tercio; acogiéronle de buena gana, y en ménos de media hora le ganáron doce reales

y veinte y dos maravedís, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le diéron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazon pasáron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde que está media legua mas adelante, los quales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguáron, y les dixéron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos. Allá vamos, dixo Rincon, y servirémos á vuesas mercedes en todo quanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltáron delante de las mulas, y se fuéron con ellos, dexando al arriero agraviado y muy enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su plática sin que

ellos advirtiesen en ello; y quando dixo al arriero que les habia oido decir que los naypes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandisima afrenta y caso de ménos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuviéron, y le aconsejáron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y grande simpleza. En fin, tales razones le dixéron, que aunque no le consoláron, le obligáron á quedarse.

En esto Cortado y Rincon se diéron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo mas del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitiéron por no perder la ocasion tan buena del viage de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fué á la oracion, y por la puerta de

la aduana á causa del registro y almoxarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un frances de la camarada; y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente sacó dos camisas buenas, un relox de sol, y un librito de memoria, cosas que quando las viéron, no les diéron mucho gusto; y pensando que pues el frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; pero no lo hiciéron, imaginando que ya lo habrian echado ménos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido ántes que el salto hiciesen de los que hasta allí los habian sustentado; y otro dia vendiéron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y de ellas hiciéron veinte reales. Hecho esto, se fuéron á ver la ciudad, y

admirólos la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era tiempo de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas: echáron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informándose de uno de ellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia: un muchacho asturiano, que fué á quien le hiciéron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el mas mínimo bodegon de toda la ciudad.

No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturiano, ni les descontentó el oficio, por parecerles

que venia como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determináron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podian usar sin exámen. Y preguntándole al asturiano qué habian de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las quales se repartia la carne, pescado y fruta, y en el costal el pan, y él los guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del frances lo compráron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir; por las mañanas á la carnicería y á la plaza de S. Salvador; los dias de pescado á la pescadería, y á la costanilla; por las tardes al rio; los juéves á la feria.

Toda esta leccion tomáron bien de

memoria, y otro dia bien de mañana se plantáron en la plaza de S. Salvador, y apénas hubiéron llegado, quando los rodeáron otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas viéron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondiéron con gran discrecion: en esto llegáron un medio estudiante y un soldado, y aficionados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. En nombre sea de Dios, dixéron ámbos: para bien se comience el oficio, dixo Rincon, que vm. me estrena, señor mio. A lo qual respondió el soldado: la estrena no será mala; porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargue vm. á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena

gracia del mozo, y díxole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo qual respondió Rincon, que por ser aquel dia el primero que le usaba, no le queria dexar tan presto hasta ver á lo ménos lo que tenia de malo ó bueno; y quando no le contentase, él daba su palabra de servirle ántes á él que á un canónigo. Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, quando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres quartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura, porque tambien de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que quando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, sardinas ó acedías, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad, porque no se perdiese el crédito, que era lo que mas impor-

taba en aquel oficio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á su compañero Cortado.

Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido: Rincon abrió la mano y mostróle los tres quartos. Cortado entró la suya en el seno y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los tiempos pasados; venia algo hinchada, y dixo: con ésta me pagó su reverencia del estudiante, y con dos quartos; mas tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder. Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado, le dixo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en quartos y en ochavos le faltaba, y que le dixese si la habia tomado en el entretanto que con él habia andado comprando. A lo qual con gran disimulo, sin alterarse ni demudarse en nada, respondió Cor-

tado : lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vm. la puso á mal recaudo.

Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtáron. Lo mismo digo yo, dixo Cortado; pero para todo hay remedio sino para la muerte, y el que vm. podrá tomar, es lo primero y principal tener paciencia, que de ménos nos hizo Dios, y un dia viene trás otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahumada. El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo; quanto mas, que cartas de descomunion hay, paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura; aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vm. tiene algun órden sacro, parécermeía á mí que habia co-

metido algun grande incesto ó sacrilegio. Y cómo que ha cometido sacrilegio, dixo á esto el dolorido estudiante; que puesto que yo no soy sacerdote sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito.

Con su pan se lo coma, dixo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia del juicio hay donde todo saldrá en la colada, y entónces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. ¿Y quanto renta cada año, dígame señor sacristan por su vida? Renta la puta que me parió; ¿y estoy yo ahora para decir lo que renta? respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ese, dixo Cortado; pero advierta vm. no se le olviden las señas de la

bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por hado. No hay que temer de eso, dixo el sacristan, que lo tengo mas en la memoria que el rocar de las campanas; no me erraré en un átomo. Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que le llovia de su rostro como de alquitara; y apénas le hubo visto Cortado, quando lo marcó por suyo: y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó aparte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas sin concluir jamas razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces.

Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de

sus ojos: el sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutílmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose de él, le dixo que á la tarde procurase de verle en aquel puesto, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ú de muchos dias. Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de Cortado, el qual se vino donde estaba Rincon que todo lo habia estado mirando un poco apartado de él; y mas abaxo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y como Cortado daba el pañuelo á su camarada Rincon, y llegándose á ellos, les dixo así: díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada ó no? No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon. ¿Que no en-

traban, señores murcios? respondió el otro: no somos de Teba, ni de Murcia, dixo Cortado; si otra cosa quiere, dígala, si no, váyase con Dios.

¿No lo entienden? dixo el mozo; pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchará, quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ládrones, mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿como no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almoxarifazgo de ladrones, señor galan? dixo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que se vengan conmigo á darle la obediencia con tiempo, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dixo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay

su uso, guardemos nosotros el de ésta, que por ser la mas principal del mundo será el mas acertado de todo él: y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos de que es muy calificado y generoso, y ademas hábil en el oficio. Y cómo que es calificado, hábil y suficiente, respondió el mozo: eslo tanto, que en quatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino quatro en el finibus terræ, y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas.

En verdad, señor, dixo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene el saberlos, como el pan de la boca: y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos ú de la Germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el qual dixo Rincon á su

guia: ¿es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente; aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo qual respondió Cortado: cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo qual respondió el mozo: señor, yo no me meto en teologías, lo que sé es, que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dixo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte.

El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna á él para aceyte de la lámpara de una devota imágen que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; que los dias pasados diéron tres ansias á un

quatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y quartanario, así las sufrió sin cantar como si fueran nada, y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud, y decírselo ántes que lo pregunten. Sepan voacedes que quatrero es ladron de bestias; ansia es el tormento; roznos los asnos, hablando con perdon; primer desconcierto es las primeras vueltas del cordel que da el verdugo. Tenemos mas, que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia de viérnes, ni tenemos conversacion con muger que se llame María el dia del sábado.

(De perlas) me parece todo eso, dixo Cortado; pero dígame vm. ¿hácese otra restitucion, ó otra penitencia mas de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, por-

que es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; quanto mas, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunion, jamas llegan á nuestra noticia, porque jamas vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo por la ganancia que nos ofrece el concurso de tanta gente. Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dixo Cortado, ¿que su vida es santa y buena? ¿Pues que tiene de mala? replicó el mozo; ¿no es peor ser herege, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico? Sodomíta querrá decir vm., respondió Rincon. Eso digo, dixo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vm. alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

Presto se les cumplirá su deseo, dixo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas quando él suele dar audiencia. En buena sea, dixo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedáron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entráron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo mas fino: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado con un jarrillo encima no ménos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que baxaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala

baxa de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de corcho pendientes de quatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada una imágen de nuestra Señora de estas de mala estampa, y mas abaxo pendia una esportilla de palma, y encaxada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto entráron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzáron á pasear por el patio. No tardó mucho quando entráron dos viejos de bayeta con anteojos que los hacia graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de soñadoras cuentas en las manos: luego entró una vie-

ja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con gran devocion, se puso de rodillas ante la imágen; y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolucion en poco espacio se juntáron en el patio hasta catorce personas de diferentes trages y oficios. Llegáron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de mas de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los quales así como entráron, pusiéron los ojos de través en Rincon y Cortado, á modo de que los extrañaban y no conocian; y llegándose á ellos, les preguntáron si eran de la cofradía: Rincon respondió que sí, y muy ser-

vidores de sus mercedes. Llegóse en esto la sazon y punto en que baxó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía.

Parecia de edad de quarenta y cinco años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro muy espeso, los ojos hundidos. Venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los quales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zarágüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los pies eran descomunales de anchos y ajuanetados,

En efecto él representaba el mas rústico y disforme bárbaro del mundo.

Baxó con él la guia de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó á Monipodio, diciéndole: estos son los dos buenos mancebos que á vm. dixe, mi señor Monipodio; vm. los desamine, y verá como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que así como Monipodio baxó, al punto todos los que aguardándole estaban le hiciéron una larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate (como entre ellos se dice) se quitáron los capelos, y luego volviéron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el qual preguntó á los nuevos el exercicio, la patria y padres. Rincon respondió: el exercicio ya está dicho, pues venimos ante vm.: la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun hábito.

A lo qual respondió Monipodio: vos, hijo, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decis, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debaxo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: fulano hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcáron, ó le azotáron, ó otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oidos: y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres, y anular los nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dixo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete; y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad, y á nuestras ordenanzas, debaxo de las quales cae y tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros

cofrades; porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio: y caen debaxo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que quando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces, al ladron, al ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al rauda ble de los que le siguen, diciendo: déxenle á el cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado. Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren así en la trena como en las guazas; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo; y el escribano, que si anda de buenas, no

hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos. Por cierto, dixo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vm., señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, darémos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vm. dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como tambien apuntó vm. en sus razones.

¿Así se hará, ó no quedará pedazo de mí, replicó Monipodio; y llamando á la guia, le dixo: ven acá, Ganchuelo, ¿estan puestas las postas? Sí; dixo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando,

y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro propósito, dixo Monipodio: querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y exercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de vilhano; entiéndeseme el reten; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las quatro, y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta, y el colmillo; éntrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al mas pintado mejor que dos reales prestados.

Principios son, dixo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco, que se dexe matar de media noche abaxo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre esa funda-

mento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo será para servir á vm., y á los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, qué sabeis, preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faltriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabeis mas? dixo Monipodio. No por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegareis, ni dexareis de salir muy aprovechado en todo aquello que mas os conviene. ¿Y en esto del ánimo cómo os va, hijos? ¿Como nos ha de ir, respondió Rinconete; sino muy bien? ánimo tenemos para acometer qualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y exercicio. Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin des-

plegar los labios, y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dixo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja; y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido (por no darle otro título) que le dexa en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese mas letras un no que un sí.

Alto, no es menester mas, dixo á esta sazon Monipodio: digo que sola esa razon me convence, me obliga, me persuade, y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores; y que se os sobrelleve el año del noviciado. Yo soy de ese parecer, dixo uno de los bravos, y á una voz lo confirmáron todos los presentes que toda la plática habian estado escuchándo, y pidiéron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática

lo merecia todo. Él respondió que por darles contento á todos, desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, es á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel, ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete quando, como y adonde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entruxasen los hermanos mayores como uno de ellos: y otras cosas que ellos tuviéron por merced señaladísima, y los demas con palabras muy comedidas las agradeciéron mucho.

Estando en esto entró un muchacho corriendo y desalentado, y dixo el alguacil de vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada: Nadie se alborote, dixo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguense, que

yo le saldré á hablar. Todos se sosegáron, que ya estaban algo alborotados, y Monipodio salió á la puerta, do halló al alguacil; con el qual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿á quien le cupo hoy la plaza de S. Salvador? A mí, dixo el de la guia. ¿Pues como, dixo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsa de ámbar, que esta mañana en aquel parage dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé quantos quartos? Verdad es, dixo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomase. No hay, levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el moza que no sabia de ella: comenzó á encolerizarse Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: nadie se burle con quebrantar la mas mínima cosa de nuestra órden, que le costará

la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil. Tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos: todo lo qual fué poner mas fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo pues Rinconete tanta disension y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle, y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrámbos sacó la bolsa del sacristan, y dixo: cese toda qüestion, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pa-

ñizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo qual Monipodio, dixo: Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se quede la satisfaccion de este servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y cúmplase aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tú dés una pierna de ella: mas disimula este buen alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De comun consentimiento aprobáron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el qual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo. Al volver que volvió Monipodio, entráron con él dos mozas, afeytados los rostros, llenos de

color los labios, y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conociéron que eran de la casa llana, y no se engañáron en nada; y así como entrár ron se fuéron con los brazos abiertos, la una á Chiquiznaque, y la otra á Maniferro, que estos eran los nombre de los dos bravos, y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazáron con gran regocijo, y les preguntáron si traían algo con que remojar la canal maestra. ¿Pues habia de faltar, diestro mio? respondió la una que se llamaba la Gananciosa, no tardará mucho en venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido: y así fué verdad, porque al instante vino un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea

que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio: y ordenó asímismo que todos se sentasen á la redonda, porque en cortando la cólera se trataria de lo que mas conviniese. A esto dixo la vieja que habia rezado á la imágen: hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias ha que me trae loca; y mas, que ántes que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al santo crucifixo de S. Agustin, que no lo dexaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es, que anoche el Renegado y Centopies llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debiéron de tener lugar de quitarla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando, y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos an-

gelicos. Dixéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastáron ni contáron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos libre de poder de justicia, que no he tocado á la canasta, y que se está tan entera como quando nació.

Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de todo lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino. ¿Y que tal lo bebereis, madre mia? dixo á esta sazon la Escalanta (que así se llamaba la compañera de la Gananciosa): y descubriendo la ca-

nasta, se manifestó una bota á modo de cuero con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la qual, tomándole con ámbas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dixo: mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: de Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado. No hará, madre, respondió Monipodio, que es tresañejo. Así lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun quarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me

olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja), respondió la Gananciosa, tome dos quartos, del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor S. Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor S. Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía, que por lo de los ojos tambien le tengo devocion, pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todos.

Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dixo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro quarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los mas aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: holgaos, hijos,

ahora que teneis tiempo, que vendrá la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdísteis en la mocedad, como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué.

Ida la vieja, se sentáron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un grande haz de rábanos, y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela muy grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceytunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimiento, y tres hogazas blanquísimas de gandul. Serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dexó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fué Rinconete que

sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta, y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena; mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, quando les dió á todos gran sobresalto los golpes que diéron á la puerta.

Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrándo en la sala baxa, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: ¿quien llama? Respondiéron de fuera: yo soy, que no es nadie, señor Monipodio, Tagarote soy, centinela de esta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese con ménos ruido; él dixo que así lo haría.

Entró la Cariharta, que era una

moza del jaez de las otras, y del mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudiéron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la halláron toda denegrida y como magullada: echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: la justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde baxamanero, sobre aquel pícaro lendroso que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad, y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso, é incorregible.

Sosiégate, Cariharta, dixo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas estarás tú en contarle, que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto, que

si así es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. ¿Que respeto? respondió Juliana, respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: ¿con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora vereis; y alzándose las faldas hasta las rodillas, y aun un poco mas, las descubrió llenas de cardenales. De esta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome mas que á la madre que le parió; ¿y por que pensais que lo ha hecho? ¿pensais que le di yo ocasion para ello? No por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas su trainel treinta reales, y no le envié mas de veinte y quatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en

pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo detras de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dexó por muerta, de la qual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio, y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolarla, diciéndole, que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dixo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y quando estos bellacones nos dan, azotan y

acocean, entónces nos adoran: si no, confiésame una verdad por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia? ¿Como una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él, y aun me parece que casi se le saltáron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver quál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, quando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, sino viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la

Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer? Ay! dixo á esta sazon la Juliana, no diga vm., señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con quan malo es, le quiero mas que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que ántes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dixo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario quando sea menester, dixo Monipodio, que aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos

mil coplas en daca las pajas; y quando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y así todos volviéron á su gaudeamus, y en poco tiempo viéron el fondo de la canasta, y las heces del cuero. Los viejos bebiéron sine fine, los mozos adunia, las señoras los kiries: los viejos pidiéron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondiéron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servian en la cofradía dos personages tan canos, tan graves y apersonados; á lo que le respondió

Monipodio, que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones, y que servian de andar de dia por la ciudad, avispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar mas conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada. En resolucion dixo que era la gente de mas ó de tanto provecho, que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba, llevaban el quinto, como su magestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y de buena vida y fama, temerosos de Dios, y de sus conciencias, que cada dia oían misa con extraña devocion; y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho ménos de lo

que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los quales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y quáles pueden ser de provecho, y quáles no. Todo me parece de perlas, dixo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dixo Monipodio.

Estando en esta plática llamáron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondiéron: abra voace, seor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dixo: no le abra vm., seor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tígre de Ocaña. No dexó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: quítenmele de delante á ese

gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes y asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que por todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dexaban, decia desde afuera: no haya mas, enojada mia, por tu vida que te sosiegues, y así te veas casada. ¿Casada yo? maligno, respondió la Cariharta: mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomia de muerte que contigo. Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, humillémonos todos, y no demos de comer al diablo: y aun de cenar le daria yo, dixo la Cariharta, porque te llevase adonde nunca mas mis ojos te viesen.

¿No os digo yo? dixo Repolido, por Dios que voy oliendo, señora Trin-

quete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dixo Monipodio: en mi presencia no ha de haber demasías; la Cariharta saldrá no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien, que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto quando se hacen las paces. ¡Ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga, dixo la Escalanta, todas serémos en su favor, y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por vía de rendimiento que huela á menoscabo de la persona, dixo el Repolido, no me rendiré á un exército formado de esgüizaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré en la frente en su servicio.

Riéronse de esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo qual se enojó Repolido pensando que hacian burla de

él, y dixo con muestras de infinita cólera: qualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta ó contra mí, ó yo contra ella hemos dicho ó dixéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya tengo dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal si no lo remediaba; y así poniéndose luego en medio de ellos, dixo: no pase mas adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y deshánganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí. Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dixéron ni se dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabremos tocar los cascabeles, y

ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho: y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y quando sintió que se iba enojado, salió diciendo: ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven qué va enojado, y es un Júdas Macatelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio, le detuviéron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Répolido haria; el qual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas quando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues

todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dixo Monipodio: todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos. Dierónselas luego; y la Escalanta, quitándose un chapin, comenzó á tañer en él como en un pandero: la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entónces nunca la habian visto. Conocíolo Maniferro, y díxoles: ¿admíranse de la escoba? pues bien hacen; pues música mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata no se ha inventado en el mundo: y en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante, que ni el Negrofeo que

sacó á la Arauz del infierno, ni el Marion que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico, que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventáron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto á tal, que dicen que la inventó un galan de esta ciudad que se pica de ser un Hector en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y así era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,

tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿qual es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dixo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas, diciendo:

Detente enojado, no me azotes mas,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dixo á esta sazon Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dixo como al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante de él venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzárou sus chapines al reves: dexó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó la música en turbado silencio: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y supendióse Maniferro, y todos qual por una, y qual por otra parte desapareciéron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse, y pasar por ellos á otra calle.

Nunca ha disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á bandada de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena

gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el alcalde de la justicia se habia pasado de largo sin dar muestras ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido como se suele decir de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro, y al Repolido, y que de los demas no baxase alguno. Como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudiéron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el qual dixo á Monipodio: que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado? Monipodio respondió que aún no sabia lo que se habia hecho; pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio,

y que él daria muy buena cuenta de sí. Baxó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce: Qual? respondió Chiquiznaque: es la de aquel mercader de la encrucijada: esa es, dixo el caballero.

Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la misma puerta de su casa, y él vino ántes de la oracion: llegueme bien cerca de él, miréle con atencion, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion... Instruccion querrá vm. decir, dixo el caballero, que no destruicion; eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fue-

sé mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dixo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de á catorce: en efecto conmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dexé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse: pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole: voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan. ¿Pues á esto llama vm. cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? ¡Qué bien está en la cuchita el señor! dixo Chiquiznaque; bien parece que no se

acuerda de aquel refran que dice: quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. ¿Pues en que modo puede venir aquí á propósito ese refran? replicó el caballero. Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: ¿quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y así Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada execucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercibimiento de remate.

Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste Chiquiznaque amigo, todo quanto aquí has dicho: y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo, y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que puede llevar su rostro, haga cuenta que ya se la estan curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera volun-

tad pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dixo Monipodio, mas que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados, y de quarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traygo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho. Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la execucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche.

Fuese muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: baxáron to-

dos; y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósela á Rinconete que lo leyese porque él no sabia leer. Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.

La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos; están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dixo Monipodio, pasa adelante, y mira donde dice: *memoria de palos.* Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *memoria de palos.* Y mas abaxo decia:

Al bodegonero de la alfalfa doce palos de mayor quantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuen-

ta ocho; el término seis dias. Secutor Maniferro.

. . . . . .

Bien podia borrarse esa partida, dixo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito de ella. ¿Hay mas, hijo? dixo Monipodio. Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

. . . . . .

Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor quantía á pedimento de la dama que dexó la gargantilla. Secutor el Desmochado.

. . . . . .

Maravillado estoy, dixo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser: sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dixo Maniferro, y me dixo que por haber estado retirado por enfermo el corcovado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dixo Monipodio, porque tengo por

buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay mas, mocito? No señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dixo Monipodio, y mirad donde dice: *memorial de agravios comunes.* Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes: conviene á saber, redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicacion de nivelos, &c.

¿Qué dice mas abaxo? dixo Monipodio. Dice, dixo Rinconete: *unto de de miera en la casa...* No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y secutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta quatro escudos, y el principal es ocho. Así es la verdad, dixo Rinconete, que todo está aquí es-

crito; y aun mas abaxo dice: *clavazon de cuernos.* Tampoco se lea, dixo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos mas querria yo clavar cien cuernos, y otros tantos sambenitos como se me pagase mi trabajo, que decirlo sola una vez; aunque fuese á la madre que me parió. El secutor de esto es, dixo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dixo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el secutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro,

y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza: quanto mas, que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Así es, dixo á esto el Repolido; pero mire vm., señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor mas que de paso.

Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntarémos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno, y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la torre del Oro por de fuera de la ciudad hasta el postigo del Alcazar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores, que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos

salir cada dia con mas de veinte reales en menudos amen de la plata, con una baraja sola, y esa con quatro naypes ménos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dixo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero, le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario que hallase los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado, ninguno: Rinconete floreo: Cortadillo baxon; y el dia, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dixo: vengo á decir á vuesas mercedes como ahora, ahora

ra topé en gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naype limpio quitará el dinero al mismo satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la solita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dixo Monipodio, que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio ó arte, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le exercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dixo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores al Judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la jun-

ta, y dará cuenta de su persona. Ese Judío tambien, dixo Monipodio, es gran sacre, dias ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas órdenes el ladron que las que tiene el turco, ni sabe mas latin que mi madre. ¿Hay mas de nuevo? No, dixo el viejo, á lo ménos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dixo Monipodio; vosotros tomen esta miseria (y repartió entre todos hasta quarenta reales), y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volviéron las gracias, tornándose á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Ganancíosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota; donde tambien dixo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Corta-

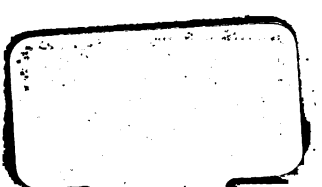
dillo; y echándoles su bendicion, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamas posada cierta, ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creía, Monipodio habia de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dexando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia buen natural, y como habia andado con su padre en el exercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguage, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio, y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y mas quando por decir per modum suffragii, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaban; y quando la Cariharta dixo que era Repolido como un marinero de Tarpeya, y

un tígre de Ocaña, por decir de Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia quando dixo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y quatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados: y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dexaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelicas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida.

No ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico, y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los exercicios en que se ocupaban: finalmente exâgeraba quan descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa, y tan

contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su campañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida. Pero con todo eso, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los quales le sucediéron cosas que piden mas luenga escritura, y así se dexa para otra ocasion contar su vida y milagros con los de su maestro Monipodio, y otros famosos sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de exemplo y aviso á los que los leyeren.

FIN.

833774